

Cultura y Civilización Española: Reflexiones sobre textos

Joyce Meng

jsmeng@wharton.upenn.edu

Índice:

01 La Restauración Absolutista (El Manifiesto de las Persas).....	2
02 Enfrentarse a la Incertidumbre (Blanco White).....	7
03 La Venta de los Gatos (Bécquer).....	9
04 Vuelva Usted Mañana (Larra).....	13
05 Caciquismo (Azaña).....	18
06 Andanzas y Visiones Españoles (Unamuno).....	23
07 Reflexiones sobre la Cultura (Baroja).....	31
08 Cambiarás el perro, pero no de collar (Galdos).....	38
09 La Crisis de 1917 (Huelga General).....	42
10 La Vanguardia y la República.....	48
11 La Existencia del Separatismo (Ortega y Gasset).....	53
12 Intelectuales y Políticos (Marañón).....	61
13 La Alianza de Intelectuales Antifascistas.....	68
14 Visión de España (Pemartín).....	72
15 La Guerra Civil (Azaña).....	77

LA RESTAURACIÓN ABSOLUTISTA: LA INTERPRETACIÓN DE LA LEY NATURAL (DIVINA)

A pesar del impulso liberal de la época, España regresó a la Monarquía Absolutista, abrazando la herencia tradicional en vez de redefinir la estructura y el origen de la legitimidad del gobierno. Apelando a la ley natural (divina)¹, las antiguas tradiciones, y la investidura del rey otorgada por Dios, *El Manifiesto de los Persas* sostiene que la reclamación del soberano absoluto monárquico no sólo reestablece el orden consagrado, sino reafirma la conexión con Dios, unifica España en el interés común, y elimina la tiranía del pueblo bajo la república.

Más retórica que un análisis profundo que delinea los límites de la ley natural y justifica la legitimidad del poder absoluto, los autores declaran que el soberano absoluto “está subordinada a la ley divina, a la justicia, y a las reglas fundamentales del Estado”, y por eso, difiere del poder arbitrario. La encarnación e interpretación de la ley natural, sin embargo, constituye un elemento anacrónico – casi incorregible relativo del espíritu y el consenso de la época.

En el siglo XVIII, los teorizadores del contrato social, como John Locke, Thomas Hobbes, y Jean-Jacques Rousseau, apelaron a la jurisprudencia de la ley natural para justificar la existencia de los derechos naturales, transferidos del individuo al estado soberano a través el *consentimiento colectivo*. Según la jurisprudencia de la ley natural, el principio fundamental de todo la ley se deriva de la naturaleza – el ser supremo o el mundo natural – pero nunca viene

¹ En esta reflexión, equivalgo la ley divina a la ley natural porque en definición, ambas vienen de la naturaleza (o dependiendo de la perspectiva, el ser supremo) y forman la base teórica de la ley humana. Aunque Thomas Aquinas distingue la ley divina de la ley natural en la jerarquía de leyes, racionalizando que la interpretación de la ley divina forma la ley natural, por el propósito de este ensayo, la distinción no cambia la lógica de los argumentos. Además, en el entendimiento corriente de la ley natural, destacado en la escritura de Martín Luther King y aludido en el pensamiento de los filósofos del contrato social, la ley natural y la ley divina equivalentemente sirven para guiar y gobernar las leyes humanas.

arbitrariamente como la creación de la sociedad humana y el gobierno. Por eso, obliga al estado a minimizar el ejercicio del poder, preservando el monopolio de la fuerza sólo para proteger y mediar los derechos naturales entre individuos.

La interpretación del origen de la ley en *El Manifiesto de los Persas*, no obstante, invierte la derivación de la legitimidad del estado. Planteando que el rey recibe poder del dios, los autores insinúan que el rey representa la encarnación humana de la voluntad divina, gobernado por la razón intrínsecamente justificable, y por ende, merita la obediencia absoluta de sus súbditos. En vez de apelar a los derechos naturales del individuo para construir la base legítima del gobierno, el poder del rey existe independiente del consentimiento popular, incuestionable debido a la antigua herencia y la conexión con Dios. De hecho, esta justificación reestablece la noción medieval del derecho divino de los reyes, sólo añadiendo la retórica de la ley natural y la razón.

Para investigar la herencia histórica de la formulación de la ley natural en el contexto español, el pensamiento de la escuela de Salamanca surge como una explicación potencial de la interpretación distinta del origen de la soberanía en *El Manifiesto de los Persas*. Arraigado en la doctrina intelectual y pedagógica de Francisco de Vitoria, la escuela de Salamanca buscó la reconciliación de la concepción tradicional católica del individuo y su relación con Dios con las nuevas amenazas del secularismo humano y la reforma protestante. Eruditos de la ley natural y la moralidad, la escuela reivindicó los derechos naturales de los seres humanos, reformulando la ley natural en contexto con la soberanía, la sociedad, y la religión. Definiendo la ley natural como la ley originando de la naturaleza, los eruditos exponen que puesto que los seres humanos provienen de la misma naturaleza, también comparten los mismos derechos. Dado que los

individuos no viven en aislamiento, la ley natural no se limite al individuo, sino existe como un constructo común – una obligación mutua.

Según Luis de Molina, el estado es análogo como una sociedad mercantilista en el sentido que los que gobiernan, efectivamente los soberanos, reclaman no sólo el poder, sino el poder colectivo. No obstante, el poder de la sociedad sobre el individuo supera el de la sociedad mercantilista debido al hecho que el poder del gobierno emana del poder divino del Dios (a diferencia del poder de los individuos soberanos de sus propios negocios).

Durante esta época, la monarquía de Inglaterra avanzó la teoría del derecho divino de los reyes, afirmando que los súbditos han de seguir la voluntad del rey para no contravenir el albedrío del Dios. Al contrario, la escuela de Salamanca sustentó que la gente constituye el vehículo de la soberanía divina, que a su vez, somete voluntariamente al rey – la representación colectiva de la soberanía común, no como un individuo concreto que manifiesta la voluntad de los individuos soberanos (por eso, difiere de la representación mera de la voluntad de la mayoría). Si el rey infringe severamente la noción de la justicia – la encarnación colectiva de la ley natural – la gente tiene el derecho de rebelarse.

En contexto histórico, durante su tiempo, el pensamiento progresista de la escuela Salamanca procede al resto de Europa. La noción de Vitoria sobre los derechos de la gente marca la transición intelectual a la modernidad. Sin embargo, con el cambio de la época, mientras el resto de Europa adoptaba las ideas puramente liberales sobre el derecho natural y la formación de la sociedad civil y del gobierno fundado en el consentimiento colectivo, España todavía retenía la posición más tradicional, mejor ilustrada en el hecho de que el Corte de Cádiz, supuestamente liberal, concebía la vuelta del rey como esencial para el éxito de la nueva

sociedad. Tal vez la moderación de la antigua formulación de la ley natural y la fuente de la legitimidad de la monarquía reducía el ímpetu por la reforma radical en los siglos posteriores. No obstante, este deseo de regresar a la monarquía absolutista, cuya ideología aparece en *El Manifiesto de los Persas*, persiste históricamente en la movilización de los carlistas en el siglo XIX, un movimiento tradicionalista y muy conservador que no sólo aspiraba a entronizar Carlos después de la muerte de Alfonso XII a pesar de la disolución de la ley Sállica, sino también reforzaba los derechos de los fueros y el casticismo español. Con la lema “Dios, Patria, Fueros, Rey”, los carlistas causaron tres guerras civiles durante el siglo XIX (1833-1839; 1845-1849; 1872-1976), y también contribuyeron a la guerra civil más reciente. Claramente, este texto recalca algunos principios fundamentales de este movimiento, explicando el atractivo de la monarquía absolutista. Interesantemente, sin embargo, los carlistas, a pesar de esperar una monarquía reforzada, intentaban preservar la autonomía relativa de los fueros – una forma del federalismo y el control comunitario en determinar la política.

En conclusión, *El Manifiesto de los Persas* subraya los elementos únicos de la sociedad española, de alguna manera excluida o poca instigada por los cambios del tiempo. Mientras la revolución francesa incitaba a las tendencias revolucionarias y los intelectuales europeos redefinían la soberanía popular y la manifestación de la ley natural en la estructura estatal, España se quedaba casi protegida de la erosión de la antigua herencia. Como ilustrado en la retórica anacrónica de este documento, utilizando la interpretación antigua de la ley natural (divina) para defender el soberano absoluto del rey y las viejas tradiciones y reglas sociales, España se convertía en la visión (o mito) romántica para los europeos que echaban de menos de un tiempo más sencillo, incorrompido de la homogenización y la desmitificación de la realeza, la religión, y el orden antiguo. La escritura de Edmund Burke en defensa de la monarquía inglesa

subraya este fenómeno – que las masas necesitan los mitos nacionales y las figuras de la nobleza y la realeza para sentir “la alta cultura” y preservar la tela social unificada debajo el simbolismo y los rituales de la antigua herencia.

ENFRENTARSE A LA INCERTIDUMBRE:

PERSPECTIVA DE JOSÉ MARÍA BLANCO WHITE SOBRE EL RÉGIMEN DE BONAPARTE Y LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA

La incertidumbre expresada por José María Blanco White capta la preocupación de los intelectuales, debatiéndose entre el sentimiento nacionalista de movilizarse con el pueblo contra la intervención extranjera y el camino racional de aceptar un nuevo régimen que seguramente reestablece el orden y estimula el progreso. En la lucha contra los franceses, los ciudadanos podían olvidarse del estancamiento y la ineptitud del reinado de Carlos IV y Godoy. Aunque no interviniera Napoleón en los asuntos del gobierno, España estaba al borde de la guerra civil y la crisis de sucesión, evidente en los conflictos entre los fernandistas, los liberales, y los partidarios de la corona. Por ende, la guerra de independencia contra José Bonaparte casi constituía un respiro nacional – una causa común que no sólo unificaba las facciones divididas, sino también convertía en el chivo para la decadencia del estado. Tras la retórica del patriotismo y los actos sangrientos del heroísmo en el nombre de la reclamación nacional, la guerrilla se distraía a la gente de la realidad – una opiata que se fugaba el futuro incierto y caótico del país.

Por eso, como Blanco White destacó, “Yo estaba convencido de que si el pueblo pudiera permanecer tranquilo bajo la forma de gobierno a que estaba acostumbrado mientras el país se libraba de una dinastía de la que no era posible esperar ninguna mejoría, la humillación política de recibir un nuevo rey de manos de Napoleón quedaría ampliamente compensada con los futuros beneficios de esta medida.” Con el despotismo ilustrado del imperio Napoleónico que traía las reformas y la modernidad, como la reorganización del sistema administrativo y terrenal, la regulación de la iglesia, y el desarrollo de la clase media, España convergería como el resto de Europa – un camino seguro y racional en comparación con la revolución popular, ciega en su

rectitud. Además, White planteaba que tras la política del José Bonaparte, España sería liberada de las antiguas tradiciones perjudiciales. Como ejemplo, él escribe, “La Inquisición, fuente y causa principal de la degradación del país, iba a ser abolida inmediatamente, y lo mismo sucedía con las Ordenes religiosas, aquel otro manantial de vicios, ignorancia, y esclavitud intelectual.” Aunque esto sucedió definitivamente debajo la administración de Juan Alvarez de Mendizábal en los 1830s, si España aceptara el reino de Bonaparte, evadiría el retraso y el vaivén constante del régimen que ocurrieron a costa de la devastación económica y millones de muertes.

La vuelta de Fernando VII (“el deseado”) quizás realizó los miedos de White, que fue exiliado a Inglaterra por su desaprobación del reino. En vez de traer la prosperidad y reconocer los esfuerzos progresistas del Corte de Cádiz, Fernando VII reestableció la monarquía absolutista – un retroceso anacrónico a la edad media, casi inconcebible en el contexto de la época, con consecuencias gravas en cuanto al desarrollo económico y político.

En conclusión, White cuestiona el motivo y el resultado esperado de la sublevación popular. Aunque la unificación debajo una causa compartida centraliza el sentimiento colectivo contra el exterior, sin embargo, enmascara la ansiedad y la incertidumbre del futuro. En retrospectiva, la turbulencia de la política española después de la deposición de Bonaparte justifica la desconfianza y la perturbación de White.

LA VENTA DE LOS GATOS: LA NOSTALGIA DEL PASADO

Un cuadro costumbrista, *La venta de los gatos* capta la visión romántica en las tradiciones y la vida cotidiana de la España rural. La nostalgia del pasado y la evocación de lo sobrenatural crean un sentimiento sensible y misterioso – una añoranza irrevocable de lo perdido. Al buscar el arquetipo de la vida sencilla en Sevilla rural, la voz narrativa encuentra de casualidad una experiencia profunda, escondida en la rutina diaria.

En clase, hemos analizado la perpetuación del mito romántico español a través los libros de viaje de extranjeros. Ciertamente, cuando los otros países europeos rechazaron el antiguo orden (la monarquía, el feudalismo, los privilegios investidos en la nobleza y la iglesia) en búsqueda del “progreso”, manifestado en la tecnología, la urbanización, el secularismo, y el igualitarismo, España todavía anacrónicamente preserva de las raíces tradicionales. Por eso, los viajeros extranjeros consideraban España como un refugio de las presiones y la uniformidad de la modernidad – la visión europea no adulterada por el hecho del tiempo. Como consecuencia, el deseo de escaparse de la realidad en el pasado dorado se convierte en la representación romántica literaria que a pesar de las mejoras intenciones, tergiversa y simplifica la verdad para propagar el mito.

Asimismo, una variación de este mismo fenómeno ocurre en *La venta de los gatos*. Al viajar a Sevilla para disfrutar de la sencillez y la tranquilidad del campo, la voz narrativa experimenta la inocencia y la felicidad de los campesinos, ilustradas abajo en su descripción casi cinematográfica del paisaje animado de un día ordinario.

Figuraos este paisaje animado por una multitud de figuras de hombres, mujeres, chiquillos y animales, formando grupos a cual más pintorescos y característicos; aquí el ventero, rechoncho y coloradote, sentado al sol en una silleta baja...; allí un regatón de la Macarena que canta entornando los ojos y acompañándose con una guitarrilla...; más allá, una turba de muchachas, con sus pañuelos de espumilla de mil colores, que tocan la pandereta, y chillan, y ríen...

Simultáneamente personaliza y universaliza su experiencia, la voz narrativa recuerda su encuentro fortuito con un hijo del ventero, cuyo amor inspira su petición al narrador por el dibujo de Amparo, la muchacha objeto de su cariño. Pasando una noche alegre en la venta, representativa de todas las ventas andaluzas, la voz narrativa sentía la felicidad contagiosa de los campesinos – una felicidad, que en retrospectiva, fue “extraña y sin nombre”, aludiendo al trasfondo supernatural. Efectivamente, el cuadro costumbrista sirve para reforzar el mito romántico español, pero desde la perspectiva interna de la gente que vive en la ciudad, y por eso, también sujeta a las dislocaciones y presiones de la modernidad. A pesar de no volver por muchos años, la voz narrativa refleja, “olvidé muchas cosas que allí me habían sucedido, pero el recuerdo de tanta y tan ignorada y tranquila felicidad no se me borró nunca de la memoria.”

A través la transformación deprimente de la venta, Bécquer capta la calidad irreversible del tiempo – la pérdida de la inocencia y el trastorno social resultante de la noción unidireccional y conformista del progreso. Al regresar, la voz narrativa se da cuenta de que Sevilla ha sometido a la uniformidad, perdiendo la singularidad local.

Yo dejé una Sevilla y encontraba otra muy diferente. Yo dejé una ciudad grande, hermosa sin afectación, tal vez con abandono, llena de un canto propio, con un aspecto y una fisonomía originales y característicos, y la hallé tan mudada que sólo puedo comparar el efecto que me hizo al verla con el que experimentaría un entusiasta de nuestra costumbres y nuestros trajes típicos al tropezar una cigarrera del barrio de Triana con una crinolina a la emperatriz... Tan extraño, tan antiarmónico, y perdóneme la civilización, encontré la mezcla de carácter andaluz y barniz francés que veía en todo lo que me rodeaba

En vez de la felicidad desenfadada y el carácter regional, la voz narrativa descubre que Sevilla ha asimilado las características *nuestras*. Aunque los edificios más notables todavía existen, la sencillez de la vida campesina desaparece, ejemplificado en el siguiente pasaje: “Yo me creía transportado no sé adónde, pues todo lo que veía me recordaba un paisaje cuyos contornos eran los mismos de siempre, pero cuyos colores se habían borrado, por decirlo así, no quedando de ellos sino una media tina dudosa.” Además, la transformación del ventorillo ilustra no sólo la sombra del cementerio en el fondo, sino la pérdida de la esperanza y la imposibilidad de volver o recuperar al tiempo pasado – una alegoría de la sublimación resultante del progreso. También, el amor trágico de Amparo y el hijo de posadero sugiere que las riquezas y el título – las comodidades de la vida urbana y el lujo de la clase burguesa – no pueden reemplazar la alegría del campo, dichoso en su pobreza. Sin sentido, el amor frustrado, la muerte de Amparo, y la locura del joven subraya la desolación de la erosión de la antigua tradición, expresada en el lirismo romántico. En concluir, la voz narrativa refleja, “En mi memoria no hay quedado, lo mismo de esta escena fantástica de desolación que de la otra escena de alegría, más que un recuerdo confuso, imposible de reproducir.”

De hecho, los recuerdos de Bécquer mismo quizás son paralelos con los del narrador. Nacido en Sevilla pero un residente de Madrid desde 18 años, Bécquer tal vez extrañaba mucho su tierra nativa, nunca recuperando la magia de su niñez. La nostalgia de la voz narrativa en *La venta de los gatos* por la sencillez y la felicidad del pasado constituye un fenómeno casi universal – la reacción mental a la homogenización y el sentido de gran vacío por causa del “progreso”, un sendero supuestamente unidireccional y conformista. Como consecuencia, la regresión a los recuerdos del pasado para afrontar el desconcierto resultante de los cambios sociales es expresada mediante el cuadro costumbrista, perpetuando la visión del pasado. Pero

siempre, la memoria borra y engaña, simultáneamente simplificando y enriqueciendo la verdad para favorecer lo que se quiera creer. Común en las narrativas íntimas, la inquietud con la actualidad se revela en la glorificación o el embellecimiento del pasado – un mecanismo de esconderse.

VUELVA USTED MAÑANA: LA PEREZA SÍSTEMICA Y LA IMAGEN EXTERIOR

Amargamente chistoso e irónico, *Vuelva Usted Mañana* capta la frustración de Mariano José de Larra sobre la pereza inconcebible que refuerza el estancamiento del país. Al siempre retrasar y tardar los asuntos burocráticos, España disuade la inversión y el capital extranjero – los instrumentos del crecimiento y del progreso. Como dijo el eficiente Señor Sansdélai, “Me marchó, señor Fígaro...En este país *no hay tiempo* para hacer nada; sólo me limitaré a ver lo que haya en la capital de más notable.” Al quedar seis meses sin resultado, el desafortunado extranjero tiene que marcharse, exasperado con la pereza y la mañana que siempre no vuelve, y si vuelva, con las consecuencias malas. Sin duda, al regresar a Francia, contará su experiencia enloquecedora, perpetuando el estigma negativo sobre España y de ese modo disuadiendo la inversión futura.

En el contexto histórico, el capital extranjero jugaba un papel esencial en el desarrollo económico, especialmente porque la revolución industrial nunca llegó a España como en los otros países europeos. Según Stanley Payne, historiador del Instituto Ibérico, durante el régimen de Isabel II, Francia provee casi 35% de la inversión privada, no sólo facilitando el desarrollo de la minería y la construcción de los ferrocarriles, guiado por los ingenieros y trabajadores especializados franceses, sino fundando la deuda nacional española, exacerbada por la política neo-imperialista de O'Donnell. No obstante, la inversión a menudo fue desperdiciada por la corrupción y la mala utilización de capacidad y de capital.

Pretendiendo realizar las gestiones en negocios españoles, el francés Señor Sansdélai representa una fuente del progreso, la riqueza, y el crecimiento. Según la voz narrativa, “Un

extranjero que corre a un país que le es desconocido para arriesgar en él sus caudales, pone en circulación un capital nuevo, contribuye a la sociedad, a quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero” debe recibir la calurosa hospitalidad del gobierno, como en Francia y Rusia. Al continuar, el narrador sostiene que los gobiernos sabios y prudentes tratan de adoptar la política para promover estas inversiones extranjeras, mientras en España, “tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros.” Con el dominio de la xenofobia y el vicio sistémico de la pereza a pesar del coste de oportunidad, España retrasa su propia prosperidad, por ende prolongando la pobreza y el entorpecimiento.

En concluir, con la ironía auto-reflexiva, Larra agrega un comentario directo al lector, consciente de sí mismo, chacoteándose de los efectos de la pereza que se extiende al leer, escribir, y pensar en esta misma cuestión.

*¿Será cosa de que vuelva, el día de mañana con gusto a visitar nuestros hogares?
Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy: si mañana u otro día no, tienes, como sueles, pereza de volver a librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos, para ojear las hojas que tengo que darte todavía...*

Al detallar su propio día, la voz narrativa admite que él también sucumbe al vicio de la perezosa. Confesando que “no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana”, el autor describe su horario exageradamente indolente (“me levanto a las once, y duermo siesta; que paso haciendo el quinto pie de la mesa de un café, hablando o roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas...”). Con esta admisión irónica, el lector efectivamente se da cuenta de la magnitud de la influencia de la pereza en la sociedad española, eliminando la posibilidad de las excepciones.

La imagen externa de la pereza española

En su tratado famoso “El derecho de ser perezoso”, Paul Lefaurgue, un periodista marxista revolucionario de Francia, escribe, “En nuestra civilizada Europa, para encontrar la belleza innata del hombre, necesitamos buscarla en naciones en que los prejuicios económicos ya no han desarraigado el odio por el trabajo. España que, ¡ay!, está degenerando, todavía puede alardear de poseer menos fábricas que nuestros cárceles y barracones; pero el artista todavía se regocija en su admiración de la fuerte Andaluz, moreno como sus castañas nativas, recto y flexible como una barra de acero; y la corazón salta al escuchar el mendigo, magníficamente cubierto en su capa de trapo, parlamentando con el duque de Ossuna en mismo término de la igualdad. *Para el español, en lo cual el animal primitivo no ha atrofiado, el trabajo es la peor forma de la esclavitud.*”

Como ilustrado en este pasaje, la imagen externa de España durante este periodo perpetúa el mito del dominio de la holgazanería y la desocupación, categóricamente simplificando la situación verdadera. Con la revolución industrial, cuando el horario diario industrial continuamente expandía en los otros países europeos, España quedaba una sociedad agraria y tradicional, atendida a la jornada tradicional. Por eso, en la perspectiva de los europeos occidentales desilusionados con los trastornos sociales del capitalismo rampante, la perezosa, en vez de un vicio, se convierte en una característica idílica y gloriosa – no sólo una reliquia cariñosa del pasado perdido, sino una forma de orgullo que equivale a la gente. No obstante, la idealización de la vida española hace caso omiso de la pobreza y las dificultades de la vida campesina sufrida por la mayoría de la gente, como ilustrada en el censo de 1860 que por la primera vez, divide la gente en las categorías socioeconómicas con exactitud.

Figura 1. Censo, 1860

Campeños rurales (jornaleros)	2,354,000
Propietarios de la tierra (todos)	1,466,000
Servientes (hombre y mujer)	818,000
Artisanos	665,000
Empresarios (20% mujeres)	333,000
Trabajadores en fábricas (33% mujeres)	150,000
Clase media profesional (hombres)	100,000
Empleados de cuello blanco	70,000
Clérigos	63,000
Dueños de fábricas (incluyendo fabricantes pequeños)	13,000
Mineros	23,000

Al explicar el fenómeno de la pereza española, algunos historiadores apelan a la herencia católica en la cual, el trabajo de la mano representa la consecuencia de la caída de Edén – un recordatorio del pecado original y la iniquidad humana. Aunque ciertamente, la pereza también se considera uno de los siete pecados capitales, el desdén del trabajo de la mano todavía está profundamente arraigado en la convención social. Por ejemplo, en *Lazarillo de Tormes*, el noble prefiere morir de hambre antes de trabajar, viendo el trabajo como una infracción y una mancha de su estatus. Por ende, en la estructura social, la nobleza y la clase alta consideran la desocupación como un indicador de la riqueza, del privilegio, y del título, inspirando la misma actitud en las clases más bajas, aspirantes de la movilidad social.

Personalmente, no creo en las explicaciones culturales por la dinámica existente. Por ejemplo, recientemente, algunos historiadores exponen que los principios del confucianismo (énfasis en la educación, la ética de ahorros, la diligencia, la familia nuclear, etc.) explican el crecimiento económico dramático de los tigres asiáticos. Asimismo, Max Weber y otros pensadores atribuyen a la revolución industrial a la ética protestante, en la cual, el trabajo constituye un valor fundamental. No obstante, empíricamente, estas explicaciones culturales

fallan porque categóricamente simplifican la realidad – claramente, la herencia confucionista existe por siglos, pero el desarrollo económico es un fenómeno actual, y igualmente, muchos países muy protestantes todavía quedan atrasados en el desarrollo.

Pero, la imagen de la pereza es una profecía que acarrea su propio cumplimiento. Actualmente, la noción de la pereza sistémica española perdura – de hecho, el daño de la reputación todavía persiste, casi indeleble a pesar de los avances resultantes de la globalización y la industrialización. Al describir un español prototípico, la gente extranjera generalmente delinea características como el orgullo, la pasión, y la pereza – el mito de la siesta constante, la burocracia insoportable, y el temperamento ardiente. Irónicamente, a través la escritura como *Vuelva Usted Mañana* que intenta provoca el cambio con una descripción exagerada y acerbita de la realidad, la imagen de la pereza española consigue más confirmación y prueba, por eso, encauzada eternamente en el canon literario y la percepción externa.

EL CACIQUISMO:

“EL QUE HIZO LA LEY, HIZO LA TRAMPA”

Contexto histórico

Gobernando las relaciones sociales y el sistema electoral, el caciquismo dominaba y definía la vida política durante la restauración borbónica. Para garantizar el vaivén pacífico entre los diferentes partidos políticos, Antonio Canovas del Castillo se aprovechaba del caciquismo para influir los resultados electorales. Aunque efectivamente usurpa los principios de la democracia representativa verdadera, como Manuel Azaña destaca en Obras Completas, en el contexto histórico, las elecciones amañadas sirven para convencer a la gente que el golpe de estado militar no constituye un requisito para una alternancia política. Al establecer la monarquía y el liberalismo doctrinario, Canovas propone un régimen del consenso, no del enfrentamiento.

Intrínsecamente populista y paternalista, el sistema caciquil tenía su principal fortaleza en el campo, en el cual, el analfabetismo, el aislamiento, y la jerarquía social vertical resultan en una disparidad marcada del poder (Tabla 1). Ciertamente, la estructura caciquil y el clientelismo rural han existido desde la desamortización de las tierras - el producto del nuevo marco económico. Debido a la pirámide social jerárquica, la autoridad informal surge en los caciques (el alcalde, el cura, los propietarios grandes, los médicos, y generalmente la oligarquía social) que imponen su autoridad sin el uso de la fuerza. Un acuerdo tácito entre la clase alta y la clase baja, la gente humilde somete a la voluntad de la autoridad debido a la presión económica, la influencia social exacerbada por la comunidad cerrada, y su propio sentimiento de la ignorancia. Especialmente porque la desamortización engendró una clase de jornaleros, los caciques con poder económico podían intimidar y mandar el voto como un criterio para trabajar. Por eso, explotando del sistema existente, la implantación del Estado liberal canovista usó el caciquismo

para normalizar el funcionamiento político y el turno pacífico. En contraste con los otros países europeos que experimentaban una revolución liberal burguesa, en España, esta ruptura no ocurre, y por eso, la estructura del poder arraigado y los privilegios antiguos persisten.

Tabla 1. El analfabetismo en España, Italia, y Portugal (1860-1911)

País	Año	Tasa de analfabetismo
España	1860	76
	1877	72
	1887	68
	1900	56
	1910	50
Italia	1871	69
	1881	62
	1901	48
	1911	38
Portugal	1890	76
	1900	74
	1911	70

Fuente: Carlo Cipolla, Educación y desarrollo en Occidente (Barcelona, 1970), pp. 157-58.

Basado en los intereses de la oligarquía y la negociación entre los partidos políticos, la democracia durante la restauración representa más pretensión ilusoria que verdad, pero como una medida provisional, provee la gente con una familiaridad del proceso democrático. Irónicamente, este sistema político utilizó el sufragio universal para preservar y mantener los antiguos privilegios, afirmando que a pesar de los cambios políticos ostensiblemente percibidos, el resultado queda el mismo.

La crítica de Azaña

Aunque Canovas plantea este sistema manipulado con la intención de gradualmente incorporar la democracia verdadera, Azaña presenta una crítica vehemente, discutiendo que la estructura caciquil siempre ha existido en la sociedad española. Él escribe, “España es un país

gobernado tradicionalmente por caciques...la oligarquía, como sistema, y el caciquismo, como instrumento – exclusión de la voluntad de los más – son anteriores al régimen constitucional y al sufragio han persistido con ellos.” Condenando el caciquismo como un poder fraudulento, Azaña subraya los efectos negativos en la usurpación de los principios fundamentales de la soberanía mayoritaria que resulta en la injuria contra “la personalidad humana” y la erosión de los derechos naturales.

Azaña sostiene que aunque los nombres de los caciques evolucionan con tiempo (nobleza → burguesa / capitalista), el despotismo queda el mismo. Por eso, desde el punto de vista de las masas oprimidas, “la diferencia es nula” porque “el nombre, la alcurnia, el título legal del cacique, les importan poco; lo mismo les da que no haya instituciones de garantía, como no las hubo en la monarquía absoluta, o que las corrompan o no funcionan.” Al exponer el caciquismo como un funcionamiento extralegal, Azaña declara que en realidad, la estructura del poder dura estacionariamente a pesar de que en teoría España ha experimentado una revolución o una metamorfosis, como en la transición entre la monarquía absolutista y el liberalismo.

Sin embargo, como un gran defensor de la democracia, Azaña destaca la falta de lógica en atribuir el caciquismo y la corrupción como las consecuencias de la democracia porque lamentablemente, la estructura caciquil siempre ha existido. Él racionaliza, “Es absurdo hablar de caciquismo como una consecuencia natural de la democracia, o del sistema parlamentario. Sólo en democracia podía plantearse el problema de moral política que llamamos caciquismo...El sistema antiguo, fundado en el privilegio, se amoldaba a la estructura caciquil.” En otras palabras, el caciquismo ocurre *a pesar de* la democracia porque constituye una “reminiscencia del espíritu de detonación, enquistado en el cuerpo político, que pugna por

expelerlo.” En concluir, Azaña afirma que sólo en una democracia, el sistema caciquil adquiere un estigma negativo, escandalizando la consciencia pública.

La experiencia estadounidense

Claramente, el caciquismo refleja la corrupción y la falta de paridad en el marco del poder en la sociedad, lamentablemente surgiendo a causa de la ignorancia y el analfabetismo de la gente. Por eso, como en España, los Estados Unidos, en principio una democracia representativa desde su nacimiento en 1776, también sufría los efectos perjudiciales del caciquismo durante esta misma época, especialmente en contexto con la afluencia de los inmigrantes.

En el final del siglo XIX y el principio de siglo XX, la maquina política dominaba las ciudades grandes como Boston, Chicago, Cleveland, Nueva York, y Filadelfia. Cada “cacique” de la maquina política tenía la lealtad de los oficiales elegidos, y por eso, sabía el proceso de manipular el sistema para lograr su objetivo. Debido a la afluencia de los inmigrantes con poca experiencia con los deberes cívicos americanos, los “caciques” fácilmente aseguraban sus votos con la promesa de trabajo y favores de los oficiales públicos. Al erosionar el republicanism de la herencia americana, la máquina política implantaba el tráfico de influencias para amañar los resultados electorales, algunas veces, usando las medidas ilegales².

Desviando la política de las cuestiones importantes, el sistema “caciquil” estadounidense favorecía una economía basada en la negociación y el trueque de los favores. Apelando a los inmigrantes y los pobres, los “caciques” adoptaban la retórica populista para ganarse al electorado – una petición directa a las masas. Ciertamente, en este sentido, difiere del sistema

² En los Estados Unidos durante esta época, también los muertos votaban y algunas veces, grandes cantidades de votos desaparecían.

español, en el cual, la autoridad moral, económica, y intelectual concede el poder paternalista, pero en ambos casos, los efectos se convergen. Además, a pesar de que el sistema caciquil en los Estados Unidos fue primariamente un fenómeno urbano en vez del producto del aislamiento rural, la misma jerarquía social estratificada e estacionaria facilita la usurpación de la soberanía popular. Por eso, en conclusión, hay que tomar en cuenta de que aunque el caciquismo durante la época de la Restauración fue muy criticado, en el contexto histórico mundial, este mismo sistema se manifiesta en culturas y lugares muy distintos – la consecuencia natural de la estratificación social y la pobreza.

ANDANZAS Y VISIONES ESPAÑOLES

LA FILOSOFÍA DE MIGUEL DE UNAMUNO

Semejante a un libro de viajes, *Andanzas y visiones españolas* expresa la emoción profunda de Miguel de Unamuno sobre sus experiencias con el pasaje y la gente de España, captados en una manera evocativa y realista, una técnica común de la generación de '98. Un racionalista e intelectual, Unamuno desprecia la superficialidad y la pretensión del conocimiento, y por eso, busca la interpretación poco convencional pero sustantiva. En este sentido, Unamuno apoya una visión elitista y alternativa de la herencia española, canalizando sus principios filosóficos en su análisis y crítica de los pasajes, la gente, y los monumentos españoles, inextricablemente relacionados con temas básicos como la educación, el método de vivir, y la interpretación de la historia.

Por capitales de provincia

En este artículo, Unamuno sostiene que en los capitales de provincia, los supuestos intelectuales faltan el espíritu y el conocimiento verdadero para ser un agente del movimiento cultural. Al enseñar sólo para ganar el pan a pesar de la aversión del arte, literatura, ciencia, o filosofía, Unamuno esgrime que los intelectuales provincianos fracasan en el propósito pedagógico de instilar una apreciación profunda del conocimiento en sus estudiantes. Él escribe, “El intelectual provinciano de ordinario se cansa pronto; tiene poco aguante para los desdenes, más fingidos que reales, de los que le rodean. Quiere ser reconocido y acatado muy pronto.” Por eso, los intelectuales verdaderos, incapaces de sostener las apariencias engañosas sobre el conocimiento en los capitales provinciales, salen para las grandes ciudades.

Criticando la exageración lamentable de los españoles, Unamuno describe las quejas superficiales de los administradores oficiales del arte, literatura, ciencia, o filosofía, que siempre

exteriorizan los problemas para evitar la reflexión interna sobre su propia insuficiencia. Él escribe, “El intelectual casi siempre exagera, cuando no miente. Es por una parte la manía lamentabilísima de quejarse...cuando oigáis a un español quejarse de las cosas de su patria no le hagáis mucho caso...porque siempre exagera.” Explicando esta manía por la herencia picaresca, Unamuno advierte al lector que muchos de las patrañas y embustes sobre España, circulando en el extranjero, provienen de la propia propaganda, difamación, y exageración de los españoles. (De hecho, *Vuelva Ud. Mañana* por Larra ilustra este concepto.)

Como el resto de la generación de '98, Unamuno se enfoca en la regeneración de la cultura española, explicando sus preocupaciones para transmitir e instigar un espíritu reformista. Sin embargo, a pesar de su convicción en la importancia del renacimiento de la cultura española, Unamuno inherentemente plantea la noción que sólo la minoría elite tiene la capacidad de alcanzar la “alta” cultura. Por ejemplo, Unamuno subraya, “La cultura, la alta cultura desinteresada, artística, literaria, científica, filosófica, es planta muy delicada y que exige heroicos sacrificios de parte de los que la cultivan. Los más de los hombre viven absortos en la consecución del pan de cada día, y cuando han satisfecho sus necesidades inmediatas si no les coje la concupiscencia del vicio les coje la pereza, que es acaso pero.”

Esta actitud paternalista, distinta de la del krauismo que afirma la posibilidad de democratizar el conocimiento, es muy típica de los intelectuales – una consecuencia natural de la disparidad de los estudios eruditos. Paradójicamente, sin embargo, si se define la cultura como el conglomerado de las tradiciones, la herencia, y las creencias de la gente – intrínsecamente, la cultura se deriva de las masas. Por eso, la distinción de la *alta* cultura revela el propósito social

de Unamuno – una aspiración históricamente y esencialmente elitista. Atribuyendo la deficiencia de este entendimiento a la falta de temple moral y de educación, Unamuno escribe:

El joven intelectual provinciano cae fácilmente en literalismo, en diletantismo. Los grandes y eternos problemas humanos se le escapan. Le ha faltado disciplina. Ha leído acaso a Nietzsche en alguna detestable traducción de cualquier biblioteca barata de vulgarización, pero no se ha puesto a aprender alemán, pongo por caso, para leer y releer y meditar a Kant. Estudió en el instituto la asignatura - ¡qué nombre tan feo es este asignatura! – de psicología, lógica, y ética, y acaso le dieron premio y matrícula de honor en ella, pero con eso tal vez cobró odio a la psicología, a la lógica y a la ética sin saber lo que son.

En mi opinión, sin embargo, esta aserción paternalista, categóricamente sentenciosa, y abrumadoramente pesimista comete el vicio de *quejar y exagerar* que Unamuno propio critica poco antes. Quizás un ejemplo de la torre de marfil, Unamuno exonera a sí mismo, pero continúa criticando los otros, aseverando que el cocimiento de los intelectuales provincianos sólo languidece en el diletantismo. Especialmente en contexto con la pobreza endémica en muchos de estas provincias, el desprecio unamuniano por la conexión entre la enseñanza y la ganancia de la vida carece un entendimiento práctico de la realidad.

En concluir, Unamuno propone una defensa de la filosofía española muy convincente y contundente. Al dirigir la crítica de que España es afilosófico, Unamuno escribe, “Pero yo creo más bien que nuestro filosofía, la que anda difusa y esparcida en nuestra literatura y no en obras estrictamente filosóficas, está por formular, yo creo que nuestro realismo, lo que llamaría, con una expresión que a muchos parecerá paradójica, nuestro espiritualismo materialista, esto de tomar el espíritu a lo material, no hay encontrado aún quien lo sistemace.” Apelando a la figura de Don Quijote como la manifestación del anti-idealismo espiritualista español, Unamuno aboga que aunque esta filosofía española pragmatista y realista existe, todavía escasea la formulación integral, y deplorablemente, este proyecto no estimula interés entre los intelectuales.

Sin embargo, como él admite, este mismo pragmatismo, unido con el defecto de educación, cultiva una mentalidad de desdén por la sistematización de la filosofía. Él desarrolla, “Una ciudad en que apenas si hay más preocupaciones que las de ganarse el pan, hacer dinero y divertirse, acaba por ser un ámbito tristísimo para cierto espíritu de selección.” No obstante, como mencionado antes, este aserto – quizás una consecuencia natural de la torre de marfil – hace caso omiso de la pobreza y las dificultades de sobrevivir, ignorando la naturaleza humana. Además, si inherentemente la filosofía española es pragmática, anti-idealista, y realista, es evidente que naturalmente, hay poca voluntad para la dedicación completa a la teoría abstracta filosófica y la “alta” cultura.

En concluir, Unamuno escribe, “Estoy convenido de que el juego estropea la inteligencia aun más que el alcohol. Prefiero tratar y conversar con un alcohólico a tratar y conversar con un jugador. Y este del juego es el terrible castigo de las capitales de provincia donde la vida espiritual dormita; es el abismo en que caen las sociedades a que no inquietan las eternas inquietudes de una conciencia de versas despierta.” En mi opinión, sin embargo, esta declaración subraya la actitud paternalista debido a que no provee las razones para explicar por qué el juego – una parte integral de la cultura y herencia española – contradice el espíritu intelectual. Efectivamente, sin substanciar esta alegación, Unamuno se equivale la diversión y los negocios con el antitesis y el estancamiento del intelectualismo. Ciertamente, en mi opinión, un ámbito melancólico, puramente abstracto, y serio no constituye un requisito para la gestión y formulación intelectual.

En la Peña de Francia

En este artículo, Unamuno desarrolla una visión tranquila de la vida sencilla en la peña de Francia. Según Unamuno, “Allí arriba, sentía caer las horas, hilo a hilo, gota a gota, en la eternidad, como lluvia en el mar. Mejor que gota a gota diría copo a copo, pues caían silenciosas, como cae la nieve, y blancas”. Viviendo una vida sueño y soplo, la gente disfruta de la gran serenidad de juntarse con la belleza de la naturaleza – “un sueño restaurador de la vela”. Debido a la falta de distracciones y diversiones, la gente se enfoca al interior, y como consecuencia, adquiere cualidades de la tranquilidad, la prudencia, la introspección, y el aislamiento. Por eso, Unamuno describe la gente como “una casta serena y cauta que no avanza un pie hasta que tiene bien asentado el otro; una casta sin impaciencia, que progresa paso a paso, sin fiebre progresista, porque no quiere tener que dar pasos atrás, recelosa, si queréis, pero segura.”

Especialmente en contexto con la fiebre política y los trastornos resultantes del conflicto entre los liberales y los demócratas, Unamuno busca refugio en estos viejos pueblos castellanos, no tocados por la modernización progresista y la herencia dividida y incendiaria de la política España. Criticando a los historiadores que tergiversan el pasado y el presente de la política española, Unamuno asevera que esta casta “que ha sido víctima de la leyenda y de la contraleyenda, cuya historia de hoy, de lo que hace, piensa y siente, está por rectificar como la historia de su antes de ayer, de lo que hizo, pensó y sintió.” Por eso, Unamuno defiende la sencillez y la serenidad de estos pueblos viejos situados en el esplendor de la naturaleza – el quid del espíritu eterno de la raza español.

En el Escorial

En este artículo, Unamuno defiende la belleza del Escorial y el valor del régimen de su creador. En contraste con la perspectiva convencional que menosprecia el Escorial por su

severidad, rigidez, austeridad, y banalidad, Unamuno expone que la arquitectura desnuda alcanza un nivel de la verdad más profundo que la adornada. Asimismo, Unamuno considera Felipe II como “el primer rey verdaderamente español de todo España”, aunque mal conocido y peor comprendido.

Según el punto de vista habitual, reflejado en el siguiente pasaje del escritor alemán Justi, El Escorial, “no era, sobre todo, a propósito para crear un monumento del más elevado arte religioso. Se le impuso, pues, al conjunto, un dibujo geométrico riguroso y a la ejecución un estilo, del que exaltaron sus contemporáneos la noble sencillez y sus admiradores la majestad, pero al cual no se le reconoce hoy sino una aridez repulsiva.” Una metáfora del régimen de su fundador, Justi considera el reinado severo de Felipe II como una época que “no brillaba ni por la fuerza creadora ni por el gusto.”

En primer lugar, Unamuno subraya que la gente que visita al Escorial no sólo intenta disfrutar desinteresadamente el arte religioso como peregrinos, sino buscar “la sombra de Felipe II” con una agenda política y religiosa definida (como progresista, tradicionalista, católico, o librepensador). Después, Unamuno recomienda el libro denso de José de Sigüenza, el padre fray de la Orden de San Jerónimo – testigo de la muerte de Felipe II. Discutiendo que Justi falta de probar que lo árido y lo sombrío no pueda ser hermoso, Unamuno defiende que como las pirámides de Egipto y el desierto, el desnudo Escorial ilustra la permanencia majestuosa – “lo último de que se llega a gozar”.

Ciertamente, aunque la hojarasca impresiona desde luego, Unamuno afirma que la contemplación del desnudo culmina en una gran apreciación compleja y eterna, mientras que la impresión iniciativa de lo adornado se amortigua con tiempo. Comparando El Escorial con El

Monasterio de los Jerónimos en Lisboa, Unamuno declara que la ostentación de follajes, figuras, molduras, y “mil visajes impertinentes” pierde la grandeza proporcionada y honesta de la estructura desnudez – “el austero encanto”.

El mes pasado, fui al dicho monasterio portugués en Belén, y atestiguo que la arquitectura impresionante e ornada inmediatamente capta la atención. No obstante, en mi opinión, el atractivo popular no disminuye el valor de la estructura y el estilo arquitectónico. En otras palabras, la facilidad de disfrutar el edificio no significa que la estructura es menos libre – menos sincera y veraz. Asimismo, la severidad de la arquitectura minimalista también no debe asociarse siempre con la grandeza o la escasez. En mi opinión, el valor del arte y diseño debe quedar íntimamente personal, aquilatado por la reflexión interna sin la presión de conformarse a un criterio o evaluación objetiva del género.

Al utilizar el Escorial como una metáfora del régimen de Felipe II, Unamuno retrata al rey como un hombre singular, “preocupado de la salvación de las almas de sus súbditos, fue en su sombrío orgullo, su mística devoción, su poderosa individualidad, la personificación del espíritu de su pueblo.” A través las piedras rectas, desnudas, y fuertes del Escorial, surge este espíritu severo. En el contexto histórico, durante el reinado de Felipe II, España conseguía el cenit de su poder, pero también se enfrentaba con sus límites. Debido a su actitud inflexible y rígida, Felipe II no lograba reprimir el protestantismo o derrotar la rebelión holandés, a pesar del apoyo Habsburgo en la contra-reforma y las riquezas recibidas de las minas americanas y el comercio de especias en Portugal. Si Felipe II desistiera de restringir el protestantismo temprano en su reino, según muchos historiadores, no ocurriría una guerra prolongada contra los holandeses. No obstante, su devoción al catolicismo y el principio de “*cuius regio, eius religio*”,

establecido por su padre, previene esta concesión crítica. Un ferviente católico, él despreciaba de la heterodoxia religiosa y instigaba la persecución de los protestantes y los moriscos que eventualmente, precipitó el motín dramático en 1568. Sin embargo, según La Institución de la Investigación Histórica de Inglaterra, Felipe II fue un hombre complejo, y contra la sospecha de su corte, no fue un tirano cruel – la imagen popular pintada por sus oponentes. Por el contrario, Felipe II intervenía personalmente en la defensa de sus súbditos más humildes. Sobre todo un hombre de la obligación, él fue atrapado por su propio sentido del deber. En conclusión, claramente manifestada en la escritura de Unamuno, esta rigidez pero honestad del rey Felipe II aparece en la arquitectura imponente del Escorial.

REFLEXIONES SOBRE LA CULTURA

LA VISIÓN IDEAL DE PÍO BAROJA

Gran pensador y escritor de la generación de '98, Pío Baroja intentaba vigorizar la cultura y la prominencia intelectual de España. Reaccionando a la crisis española precipitada por la pérdida de las últimas colonias, la generación de '98 trataba de definir España como una entidad cultural e histórica, encargada con la regeneración del espíritu y de la identidad española. Por eso, los pensadores, escritores, dramaturgos, y poetas de esta generación mantenían la unidad intelectual, se oponían la Restauración, resucitaban los mitos literarios españoles, y rompían los esquemas clásicos de los géneros literarios, sintiendo la urgencia de rescatar a España del estado progresivamente catatónico. Al reestrenar la lengua y la tradición del antiguo reino de Castilla – el símbolo de la nueva España – la generación buscaba el renacimiento de la grandeza española, rechazando el estancamiento y la desilusión de la realidad.

Cultura y nación

En este pasaje, Baroja delinea la diferencia entre la obra científica o filosófica, universal en carácter y propósito, con la obra artística, “siempre nacional, aunque puede llegar por su intensidad o por su belleza a universalizarse”. Apelando a la dicotomía de Nietzsche sobre lo apolínico versus lo dionisiaco, Baroja afirma que la cultura se enfoca en la particularidad – el sentimiento nacional – mientras la ciencia se concentra en lo universal, alcanzada por la humanidad. Con héroes nacionales como el Cid, Rolando, César y artistas como Rafael, Velázquez, o Reynolds, Baroja sostiene que intrínsecamente, la obra artística es una obra étnica – el impulso y la expresión de la raza.

En el contexto histórico, esta distinción entre la cultura y la ciencia sirve para reforzar el propósito de la generación de '98 de defender y regenerar la identidad española. Ciertamente,

aunque España retrasa en la producción científica, como admitido en *Historia de los heterodoxos españoles* por Marcelino Menéndez Pelayo, la herencia de la producción artística y cultural constituye una base para revitalizar el espíritu moderno y dirigir la recuperación intelectual. Interesantemente, la noción que la producción artística intrínsecamente se centra en lo nacional contradice el tesis de Catálogo de la exposición de la Sociedad de Artistas Íberos en Dinamarca (1933) que defiende el arte español como una expresión universal – el modo de “decir las verdades universales; no en el empeño vano de conservar las costumbres y modismos”. Sólo en 13 años, la representación y la relevancia de la obra artística cambian – la consecuencia de la agenda del movimiento. Mientras la generación de '98 necesitaba vincular la obra artística con la identidad nacional para redefinir España, el movimiento vanguardista intentaba minimizar la influencia nacional o regional para subrayar el empuje hacia la nueva época histórica, desligada con la antigua tradición.

Valor de la cultura española

Frente a la crítica extranjera que niega el concurso de España a la civilización, Baroja escribe:

Será incompleta nuestra cultura, pero negar su concurso a la civilización universal me parece absurdo. Con esencia española se han creado gran parte de los héroes de la literatura universal; de aquí han salido el Cid, Don Juan, y Don Quijote, que han hecho soñar a las imaginaciones del mundo; con esencia española se han formado los tipos de los conquistadores y de los guerrilleros, de los casuístas audaces y de los moralitas alambicados; con esencia española se ha formado el tipo triste y pensativo del caballero tratado por el Greco; de esencia española es la dama sabia, estilo Teresa de Cepeda, y de esencia española es la obra de Calderón, de Velásquez, y de Goya.

Defendiendo la producción artística de su país, Baroja luego declara que los extranjeros no tienen el derecho de exigir más de España, aunque ciertamente, en la época de la Restauración, no hay un renacimiento verdadero de la cultura. Como los otros intelectuales de la generación de '98, Baroja considera el régimen de la Restauración como una fachada estacionaria – la

mediocridad con la aspiración superficial a la alta cultura. Él escribe, “Quitando algunas personalidades de brío y algún hombre de genio, como Goya, estos dos siglos no han construido un edificio sólido de cultura. La Restauración, que quiso ser un Renacimiento, no fue más que una falsificación ética, literaria, y política.”

Irónicamente, la generación de '98 que pertenece a esta época (supuestamente carente de la cultura verdadera) se considera actualmente como el grupo que revigorizó el pensamiento español, restaurando a España a la posición de gran prominencia intelectual y literaria que no ha logrado desde muchos siglos. Es decir, la crisis, el estancamiento, y el sentimiento trágico de la historia crearon el ímpetu para una introspección que engendran el florecimiento filosófico, artístico, y literario.

Ideal de España

Captando el espíritu reformista de la generación de '98, Baroja declara, “Yo quisiera que España fuera muy **moderna**, persistiendo en su **línea antigua**; yo quisiera que fuera un foco de cultura amplio, extenso, un país que reuniera el estoicismo de Séneca y la serenidad de Velásquez, la prestancia del Cid y el brío de Loyola.”

Usando la antigua herencia y la antigua Castilla como símbolos de la regeneración, irónicamente, según Baroja, el devenir de España hasta la modernidad requiere la vuelta al pasado. Ciertamente, a pesar de que España logró su cenit durante la edad media en cuanto al territorio colonial y la influencia política en Europa occidental, objetivamente, *la falta de la ruptura de la línea antigua* contribuía al estancamiento y la crisis durante el siglo XIX.

Difiriendo de los otros países europeos, una verdadera revolución liberal no sucedió en España, y por lo tanto, la sociedad quedaba atrapada y parada por los poderes y privilegios arraigados – la

misma herencia antigua. Al apelar a las figuras de Séneca, Velásquez, y el Cid como figuras más ilustrativas del camino hacia el progreso cultural, Baroja paradójicamente revela que su concepción de la modernidad española proviene de la antigüedad – un contraste marcado con la doctrina ilustrada convencionalmente considerada la raíz de la cultura moderna occidental.

También, como otros intelectuales de la generación de '98, Baroja apoya la idea del regionalismo cultural, bajo el marco nacionalista pero no contaminado. Afirmando el castellano como la lengua de cultura y rechazando el vasco como lengua de civilización, Baroja advierte que la latinead no debe erosionar la cultura y el espíritu semítico del País Vasco. Baroja escribe, “El devenir de España estará en la fructificación y en el desarrollo de todos sus elementos étnicos, como el devenir del País Vaso sería no barrarse del todo en la latinidad, sino dar a su cultura un carácter propio peculiar no latino.”

Un poco contradictorio, la manifestación de la cultura en la producción artística sugiere que la lengua es la base esencial para la expresión del carácter. Por eso, si el país vasco carece de su propia lengua de cultura, sólo adaptando el castellano (no el español) para la transmisión de su identidad, inevitablemente ha sido influido por “la latinidad”. Además, la relación endeble entre la definición de la cultura y la civilización obscurece su argumento. Si los héroes y las figuras literarias españoles definen la cultura española y como consecuencia, la civilización, como destacado en “Valor de la cultura española”, para alcanzar una identidad separatista, el país vasco debe tener sus propias figuras literarias y producción artística, distintas de la herencia española. Por eso, aunque políticamente el País Vasco queda con España, la implicación es que culturalmente, España no es una entidad unificada, sino un conglomerado de “civilizaciones”. Como resultando, puesto que la demarcación política no coincide con los límites culturales, el

esquema regionalista de Baroja nubla la visión de España ideal porque cada referencia a la cultura y la civilización española sólo pertenece a algunas partes.

Asimismo, en definir su visión ideal de la *cultura* vasca (no sólo el carácter), Baroja insinúa el separatismo cultural con respecto con el resto de España. Aunque Baroja quiere centralizar todo la Península bajo la influencia de los antiguos sentimientos compartidos de la civilización hispánica, todavía privó el regionalismo cultural como un movimiento distinto. En otras palabras, si defiende el regionalismo, España no es considerada civilización homogénea sino la suma de sus partes (El país vasco, Cataluña, Castilla, etc.). Con la fragmentación, sin embargo, destruye la noción de España como entidad cultural unificada – una preocupación central de la generación de '98.

Esfuerzo y peligro

Influido profundamente por el concepto del superhombre de Nietzsche, Baroja plantea que para forjar las herramientas de la España del porvenir, “hay que crear un ser moral, un hombre de acción, lleno de eficacia, que sepa, no dogmatizar...que vitalizar la cultura y amarla hasta los dientes.” Según Baroja, para crear una cultura científica e industrial, es imprescindible que el pueblo se dedique a “arma de expansión y de dominio”. En contexto con la pérdida de las últimas colonias en '98, este modo de pensamiento expansionista y guerrero capta el espíritu de la época – el sentido de la insuficiencia de España en comparación con la expansión imperial y colonial de los otros países europeos y el dominio estadounidense.

Paralelamente al pensamiento de Nietzsche, Baroja escribió, “Hay que atacar para triunfar en la vida. Toda la existencia es lucha, desde respirar hasta pensar.” Al vivir en peligro, como

recomendado en *Zarathustra*, Baroja exhorta que España “hay que atraer la guerra, el peligro, la acción, y llevarlos a la Cultura y a la vida moderna.”

No obstante, objetivamente, la guerra y el conflicto no siempre engendran el florecimiento de la cultura, parcialmente porque el peligro distrae la producción artística. A lo largo del siglo XIX, a pesar de la política inestable y la revolución constante, demostrado en el carácter efímero de cada régimen, España no ha regresado al cenit cultural de su antigua herencia. Ciertamente, el exilio de los intelectuales a Francia y otros países europeos instigó la creación de nuevas obras artísticas con alta calidad, pero la pobreza rampante y la debilidad estatal disminuye el incentivo creativo debido a la inquietud y la incertidumbre de la vida cotidiana. Además, las pequeñas guerras de expansión de España bajo el régimen liberal de O'Donnell sólo presionaban los fondos estatales, provocando una crisis financiera y el retraso de estado porque los gastos en la guerra reducen la inversión en desarrollo. También, durante la época de la Restauración, España luchó contra los Estados Unidos pero infructuosamente, con poca influencia cultural. Irónicamente, en el caso de la generación de '98, el espíritu creativo cultural no fue precipitado por la guerra y la acción, sino el sentimiento agobiante del estancamiento. Por eso, la creación de estas obras artísticas reaccionaba a la insuficiencia, no el triunfo, de ese modo contrastando con la tesis de este pasaje.

Escrito en 1920, *Divagaciones sobre la cultura* quizás reflexiona sobre la neutralidad de España durante la primera guerra mundial. En vez de entablar combate y “vivir en peligro”, España se concentra en sus asuntos domésticos, aprovechándose de la economía de la guerra³

³ Considerada uno de los países neutrales más importantes, España suministró los bienes a Francia y los otros aliados. Por eso, la guerra mundial primera beneficiaba enormemente la industria y las exportaciones españolas. Aunque ciertamente, la economía española había estado evolucionando por cuarenta años antes de 1914, la demanda

para recuperar la industria y transformar la estructura productiva pesadamente vinculada con la agricultura. Por lo tanto, irónicamente, los avances en la ciencia y la industria se derivan de esta neutralidad y aislamiento del conflicto.

agregada creada por la guerra, especialmente en contexto con la destrucción de la infraestructura y la industria de Europa occidental, estimuló la economía y el desarrollo español, especialmente la producción de acero.

“CAMBIARÁS EL PERRO, PERO NO DE COLLAR”

REFLEXIONES SOBRE LA CULTURA

Desilusionado con el ciclo repetitivo de la historia española, en *Política Española*, Pérez Galdós lamenta que la burguesía liberal que hizo la revolución contra el absolutismo ha convertido en el enemigo – el blanco del criticismo de los obreros y la clase baja. Él escribe:

La extinción de la raza de tiranos ha traído el acabamiento de la raza de libertadores. Hablo del tirano en el concepto antiguo, pues ahora resulta que la tiranía subsiste, sólo que los tiranos somos ahora nosotros, los que antes éramos víctimas y mártires, la clase media, la burguesía, que antaño luchó con el clero y la aristocracia hasta destruir al uno y a la otro con la desamortización y la desvinculación.

Como un antiguo liberal, Pérez Galdo expresa su sentimiento de la impotencia de la supuesta revolución. Aunque jurídicamente, cambios significantes ocurren, en práctica, el statu quo queda fundamentalmente estancado. En otras palabras, a pesar de la desamortización y las reformas agrarias de jure, la pobreza y la miseria de la clase baja continúan de facto. Semejante al artículo de Azaña sobre el caciquismo, Pérez Galdós pretende que aunque los nombres cambian de “los tiranos” (la clase privilegiada), en principio, la lucha de “la liberación” esencialmente es la misma – el conflicto clasista entre los que poseen y los que no.

La interpretación marxista:

Debido al hecho social que siempre existe una pirámide socioeconómica, la tensión entre clases persiste. Como destacado en el concepto de la superestructura económica de Marx, el capitalismo se acompaña con la inestabilidad social debido a la falta de paridad y la frustración del proletario. En esencia, la burguesía – los dueños minoritarios del capital que “esclavizan” el hombre – precipita el conflicto clasista porque controla casi todas las instituciones y reglas sociales – el gobierno, la religión, la estructura productiva, y las convenciones sociales – para

imponer su voluntad de satisfacer la codicia. Ilustrado en el artículo, Pérez Galdós escribe, “El estado defiende la propiedad adquirida por los medios legales, con absoluta preterición de la ley moral...La Iglesia no se atreve a amparar a los desvalidos, temiendo salir perdiendo si éstos alcanzan el triunfo. Pónese pues, de parte de los poderes y de la propiedad constituidos. En el fondo ay, pues, gran semejanza con la situación de hace cincuenta años.” Sin embargo, inevitablemente, con la subida de consciencia clasista, desencadena la revolución proletaria, irónicamente facilitada por las creaciones de los capitalistas mismos.

Según Marx, la lucha entre clases domina la historia – una progresión lineal del materialismo dialéctica. Pasando del feudalismo al capitalismo, la historia recorre hasta el establecimiento del comunismo, en el cual, la noción de las clases rompe definitivamente. Exponiendo el concepto del ciclo histórico, Pérez Galdós sostiene, “Renace la lucha, variando los nombres de los combatientes, pero subsistiendo en esencia la misma. Que los que no poseen, que son siempre los más, atacan a los que tienen, que son los menos, pero se hallan robustecidos por el amparo del Estado.” No obstante, con la infraestructura democrática y liberal, Galdós enfatiza que la misma controversia, en vez de depender de la conspiración de logias y los mártires de la libertad, sigue abiertamente con la retórica y las manifestaciones reformistas contra el tiranismo.

No obstante, a pesar de la resonancia de los temas marxistas en este artículo, entre las clases obreros, el comunismo no logró tanto apoyo como el anarquismo debido al desencanto político, el capitalismo subdesarrollado, la falta de eco entre los intelectuales, y la censura que obstaculiza la transmisión del pensamiento al pueblo⁴. En mi opinión, sin embargo, la afiliación de los

⁴ No obstante, la mayoría de los primeros países comunistas también faltan algunas de estas calidades. Por ejemplo, China, Rusia, y el Vietnam del Norte también fueron países subdesarrollados, desencantados con la política, y con medidas de censura. No obstante, muchos de los países desarrollados tienen partidos comunistas, cuya existencia alienta las primeras reformas laborales que apaciguan a la gente, de ese modo apagando la voluntad revolucionaria.

obreros al anarquismo parece extraña en el contexto histórico porque la noción de negar el estado y la identidad ocurre simultáneamente con el movimiento nacionalista y regionalista en muchos de las zonas desarrolladas – Cataluña y el País Vasco – que intentan reclamar la tradición.

Además, bajo la estructura anarquista, la noción de la huelga y las manifestaciones no sirven para nada porque inherentemente, el anarquismo propugna la descentralización, la ruptura, y el individualismo, siempre fuera del sistema. Por eso, comparativamente, los principios del comunismo logran más éxito en la incorporación política de los partidos dominantes.

¿La revolución liberal verdadera?

En este artículo, Galdós plantea que los libertadores que derrocaron la monarquía absolutista han convertidos en los tiranos por su éxito industrial. Según Galdós, después de la desamortización, la burguesía liberal invertía en el desarrollo del país, por eso adquiriendo los privilegios y las riquezas como el producto de la diligencia.

*¡Evolución tan misteriosa de las cosas humanas! **El pueblo** se apodera de las riquezas acumuladas durante siglos por las clases privilegiadas. Con estas riquezas se crean los capitales burgueses, las industrias, las grandes empresas ferroviarias y de navegación. Y resulta que **los desheredados** de entonces se truecan en privilegiados.*

Objetivamente, sin embargo, no ocurre una revolución puramente liberal en España a pesar de la retórica de la liberación – en otras palabras, no sucedió una ruptura definitiva en la estructura de los privilegios. Aunque la fachada de la monarquía absolutista cayó, los intereses arraigados de la oligarquía, la nobleza, la iglesia, y la alta burguesía persistían. Asimismo, bajo el sistema político de Canovas, a pesar de las apariencias del estado liberal y las elecciones democráticas, la oligarquía todavía preservía sus intereses.

Efectivamente, con el establecimiento del salario mínimo y las mejoras condiciones del trabajo por los partidos dominantes socialistas, extingue el movimiento radical comunista.

Por eso, en cuanto a la apelación del Galdós a la transformación de los desheredados a los privilegiados, hay que tomar en cuenta que los que beneficiaron de la desamortización fueron los que ya tenían los recursos para comprar tierra. Además, la noción que el pueblo se aprovechaba de las riquezas acumuladas de la tierra es engañosa porque la desamortización no constituía una reforma agraria, sino un cambio de la organización jurídica de la propiedad de la tierra. Por ejemplo, a pesar de la desamortización de Mendizábel, la mayoría de la tierra quedaba con las clases altas (los burgueses ricos, los propietarios agrícolas e industriales, la nobleza), por eso, creando una clase baja de jornaleros con papales feudales, no emancipados – una situación estacionaria y poco diferente.

Por lo tanto, debido al hecho que intrínsecamente, la estructura social seguía intacta, parece casi irrevocable que el ciclo vicioso dura, en el cual, los que no poseen atacan a los que tienen – la consecuencia de la tensión social y el descontento de las masas. Como Galdos ilustra, España en 1923 no difería mucho de la situación de hace cincuenta años, evidenciándose un sentimiento trágico de la historia – que la realidad siempre queda así. Un choque y contradicción personal, especialmente desde la perspectiva de un antiguo “libertador” y gran intelectual, Galdos exhortativamente expresa su inquietud en este artículo, captando la pesadumbre de la inutilidad y la injusticia de ser parte de la clase social considera tiránica por su éxito.

LA CRISIS DE 1917

LA HUELGA GENERAL

Captando la desilusión violenta del regeneracionismo y revisionismo político bajo el régimen de Alfonso XIII, la crisis de 1917 puso fin al sistema político canovista de la Restauración, representando el cenit de la desilusión de toda la sociedad española. Los militares, la burguesía reformista, y los obreros – tres clases casi siempre divididas – estaban en contra del régimen, aunque desconfiados de las intenciones del uno por el otro. No obstante, quizás ingenuamente, los obreros y socialistas propusieron una huelga general, captando en su manifestación de 12 de agosto de 1917 la necesidad de expulsar el poder arraigando, implementando las reformas para elevar el proletariado. Un error de cálculo grave, en vez de lograr la unidad, la huelga general terminó en una masacre, exponiendo la estratificación y la tensión social.

Contexto histórico:

La crisis de la política de la Restauración

Entre 1902-1917, España entró en un periodo de tensión, precipitado por los siguientes diversos factores. Primero, el intervencionismo político de Alfonso XIII erosiona la legitimidad del turno pacífico. En contraste con Alfonso XII, cuyo respeto por su papel de árbitro engendra la estabilidad, Alfonso XIII apoya directamente a los militares, de ese modo, desprestigiando de la monarquía, debilitando la sociedad civil, y provocando la caída de la política canovista. Por ejemplo, en 1906, el rey aprobó la ley de jurisdicciones que otorgaba poderes extremos a los militares, estableciendo que en todos los delitos que afectaran al orden del ejército o la patria, o que implicaran el uso de armas, la ley militar gobernaría la justicia, no la ley civil. Por eso, en las huelgas de obreros en que se usaban las armas, Alfonso XIII favorecía la intervención militar a

pesar del uso excesivo de la fuerza. Con el fortalecimiento impulsado por Alfonso XIII, el ejército emprendió una trayectoria golpista, suplantando la sociedad con el respaldo del rey. Como consecuencia, Alfonso XIII despenó la dictadura de Primo de Rivera en detrimento de la sociedad civil, especialmente en vista de la conciencia creciente de la clase media, evidente en el pensamiento de la generación '98.

Segundo, debido al fallecimiento de Canovas y Sagasti, los partidos del turno sufrían una división en que las disensiones internas perjudicaban la consolidación del poder. Al mismo tiempo, paralelo al desarrollo urbano del país y la reforma del sistema de enseñanza aunque modesta, respaldada por el pensamiento krausista que intenta democratizar la educación, el sistema caciquil también perdía la vastedad de su poder. En particular, en 1910, nació la Confederación Nacional de Trabajadores – un grupo escindido de anarcosindicalistas que dominaban determinadas zonas. Al aliarse con el republicanismo, la clase media, y los intelectuales, el PSOE rompió la relación con los anarquistas. En resumen, la explosión de facciones de oposición desgarró el sistema basado en el consenso de Canovas.

Tercero, con el desarrollo de la oposición política y social al régimen de la Restauración, surgían nuevos partidos políticos reforzados – los republicanos, los nacionalistas, los socialistas, y anarquistas, cada con una agenda política exterior al sistema afianzado. Claramente, la creciente oleada de frustración, violentamente reprimida, desató la crisis de 1917.

El desencanto social

En este contexto de inestabilidad política, España también se enfrentó con graves problemas sociales, exacerbados por la dislocación económica durante de la primera guerra mundial. Al mantener neutralidad políticamente, la economía española beneficiaba por la

producción industrial para satisfacer la demanda de los otros países europeos. Por primera vez, España se convirtió en un gran apropiador de productos, pero no eliminaba su dependencia de importaciones de recursos primarios como carbón y petróleo. Debido a que las masivas exportaciones reducían la oferta doméstica, los precios subieron, causando las reivindicaciones de los obreros. Respaldada por la desinformación que indicaba que el anarquismo había llegado exitosamente a Rusia, la posición obrera seguía radicalizando. Con la agudización de las luchas sociales, las posiciones polarizadas de patrones y trabajadores provocaron conflagraciones violentas, exacerbadas por la intervención brutal militar. Además, la producción demasiado exuberante distorsionaba la estructura de costes. Por eso, aunque la economía sacaba provecho durante la guerra, con la recuperación de los otros países europeos, la industria española no podía competir ni aseguraba la afluencia de los recursos primarios, resultando en una crisis económica que perjudicaba la clase burguesía y la oligarquía – los agentes principales bajo la política de la Restauración. Es decir, con el mal reparto social de los beneficios del boom económico y la creciente inflación, el estallido social precipita una profunda y compleja crisis en 1917.

Segundo, la cuestión religiosa se reavivó. En contra del poder de la Iglesia institucional, especialmente en la enseñanza, la población urbana y las clases populares empezaban a asociar el anticlericalismo con el liberalismo. Por eso, durante la “Semana Trágica” de Barcelona, la protesta popular en contra de la guerra colonial en Marruecos, 80 edificios religiosos fueron incendiados. Ciertamente, aunque la Iglesia representaba una parte integral del poder arraigado, los alborotadores consideraron la Iglesia como una fuente principal de la estructura corrompida de la burguesía, aunque esta posición fue poco realista. Puesto que la burguesía pagaba para asegurar que sus hijos no tenían que ir a la guerra, la desigualdad motivaba una sublevación contra la institución clerical. Por eso, los socialistas y los anarquistas no sólo quemaron los

conventos, sino también profanaron los sepulcros y vaciaron las tumbas, algunos revoltosos bailando con los cadáveres. En efecto, las acciones anticlericales plasman el descontento de la población popular a los abusos del poder de la oligarquía arraigada. No obstante, claramente, la aplicación excesiva de la fuerza sólo debilita el propósito del movimiento, asustando la burguesía moderada y engendrando una reacción violenta. Por eso, la Semana Trágica tuvo un brutal coste humano, causando una represión dura y culminó en el juicio sin garantías y la ejecución de individuos muy importantes, como Francisco Ferrer y Guardía, pedagogo anarquista y fundador de la Escuela Moderna.

Tercero, como mencionado antes, la afiliación de Alfonso XIII con el ejército resurgía la crítica. Específicamente, el conflicto bélico en Marruecos, iniciado en 1909, ensanchó la división entre el ejército (y la corona) y la opinión pública, especialmente las clases populares. En vista del desconcierto de un ejército humillado en la derrota del Barranco del Lobo, los sectores opositores (republicanos, socialistas, nacionalistas) se movilizaron. De hecho, esta derrota, asociada directamente con la intervención del rey, promovió el intento de organizar una Huelga General entre los socialistas y anarquistas.

La Huelga General:

Organizada por la Unión General de Trabajadores (UGT - sindicato socialista vinculado con PSOE) y la Confederación Nacional del Trabajo (grupo anarquista), la Huelga General intenta unir los militares, la burguesía, y los obreros para sublevarse contra el régimen de Alfonso XIII, iniciando las reformas proletarias. Como destacado por el Comité de la huelga, la Huelga General surge como “la afirmación hecho por el proletariado de demandar...un cambio fundamental de régimen político ha sido corroborada por la actitud que sucesivamente han ido

adoptando importantes organismo nacionales.” En vista del estancamiento político, el Comité declara que, “El pueblo, el proletariado español, ha asistido en silencio durante estos últimos meses a un espectáculo vergonzoso, mezcla de incompetencia y de repulsiva jactancia, de descargo desprecio de la vida y de los derechos del pueblo e impúdica utilización de las más desgradantes mentiras como supremo recurso del gobierno.” Por eso, impulsado por la ineficaz y la injusticia del régimen, el Comité plantea la necesidad de derrocar el régimen, cuyas políticas económicas, culturales, y políticas sólo traen la miseria, la afianzamiento de la oligarquía, y el desdén por los principios constitucionales.

La ejecución de la Huelga General, complicada por la falta de desinformación y la falta de organización, sin embargo, sólo causó consecuencias negativas y la represión dura. Ante la amenaza de la revolución obrera, las Juntas de Defensa abandonaron sus peticiones y apoyaron la represión contra los huelguistas. Especialmente en vista de la Ley de Jurisdicciones, los militares brutalmente reinstauraron el orden con graves sacrificios humanos. Aunque los obreros y los socialistas trataron de unir los diferentes sectores sociales, en realidad, la Huelga General sólo asustó a la clase burguesa debido a sus ideas radicales y provocó el ejército. Es decir, aunque estos tres grupos estaban de acuerdo contra el régimen – una coincidencia del tiempo – las reivindicaciones sociales se divergían irreconciliablemente. En contraste con el propósito de los obreros y los socialistas, la burguesía reformista y el PSOE pretenden avanzar por el camino de la monarquía parlamentaria democrática, buscando la política económica proteccionista y el seguro de su propiedad industrial. Asimismo, dividido entre los africanistas y los junteros que están a favor y en contra de la guerra en Marruecos respectivamente, el ejército busca más reconocimiento, teniendo conocimiento de su mala reputación. Por eso, algunos oficiales

favorecen la autarquía fascista de Miguel Primo de Rivera, desilusionado con la política y la intervención de Alfonso XIII.

En conclusión, por su fracaso, la Huelga General demuestra las divisiones insalvables entre los sectores sociales. Al convocar la huelga general apoyada intelectualmente con la escritura de la burguesía y el descontento militar, los obreros y los socialistas descubrieron que su visión idealista de la unidad difiere dramáticamente de la realidad dividida. Captando el sentimiento sofocante de la crisis de 1917, la falta del consenso expone la desilusión extendida de la sociedad, pero sobre todo, la incertidumbre del camino de las reformas. Sin un mandato político claro, especialmente en vista de la incompetencia de Alfonso XIII, el impasse parlamentario, y el creciente poder del ejército, el entorno político fragmentado crea el marco para la dictadura de General Miguel Primo de Rivera – la implementación de la supuesta “cirugía del hierro”, un consenso forzoso obtenido por la violencia y la represión. Afrontado con la tensión social y las amenazas y disturbios como la Huelga General, las oligarquías sociales, el ejército, la Iglesia, y el propio rey apoyaron el golpe de estado de Primo de Rivera – una solución autoritaria que se planteaba como una medida transitoria.

LA VANGUARDIA Y LA REPÚBLICA

EL MODERNISMO PURO Y LA GENERACIÓN DE '98

En el “Catálogo de la exposición de la Sociedad de Artistas íberos en Dinamarca”, publicado en junio de 1933, los artistas vanguardistas rechazan la interpretación del arte como una representación de la cultural tradicional, sino la expresión de las verdades universales. Por eso, según los artistas modernistas, “para el arte no hay jerarquía de temas ni de asuntos: todo es bueno: y en cuanto al españolismo en el arte y para el arte, lo español consiste en el modo de hablar y de decir las verdades universales; no en el empeño vano de conservar las costumbres y modismos.” Despectivos del uso del arte sólo para un “Kodak de turismo”, los vanguardistas tratan de desarrollar un arte español que trasciende las demarcaciones culturales, el patriotismo, y el tiempo en búsqueda de la novedad – una expresión desenfadada de la nueva época, liberada de las limitaciones y las reglas del pasado.

Contexto histórico:

Debido a la crisis de fin de siglo, surgen dos movimientos opuestos del modernismo que tratan de enfrentarse con la decadencia del imperio español y el comienzo del nuevo siglo. En conjunto, reaccionando a la estética naturalista y realista, la filosofía positivista, y la ciencia basada en la razón, el modernismo consiste en una actitud que afirma que el empirismo rígido no debe reemplazar la espiritualidad en resolver los problemas de la época. Para regenerar y reformar España, el modernismo introduce elementos de la espiritualidad contra el conformismo y el utilitarismo burgués, captando la sensación de novedad e innovación inherente al comienzo del nuevo siglo. Aunque no existe un dogma determinado ni una estructura fija, el modernismo expresa el sentimiento de la decadencia y la esperanza para el nuevo futuro, divergiendo en dos polos.

Primero, la generación de '98, preocupada con el sentimiento trágico de la vida, busca la solución en la cultura gloriosa del pasado, utilizando Castilla como el símbolo de la nueva España. Al incorporar la estética como una estrategia de salir de la angustia y el problemática de España, la generación de '98 trata de revalorizar y centralizar la cultura para construir una identidad castiza y nacional, basada en el paisaje, el lenguaje, y las tradiciones compartidos. Por lo tanto, esta generación resucita y estudia los antiguos mitos literarios españoles, pero simultáneamente rompe y renueva los moldes clásicos de los géneros literarios, experimentando con la novela, el lirismo, y la narrativa como forma comunicativa para llegar a la clase media, su lector principal. Al rechazar la estética del realismo y la elaboración retórica y de carácter menudo y detallista, esta generación prefiere un lenguaje más cercano, de sintaxis más corta y carácter impresionista, de ese modo, recuperando las palabras tradicionales. No obstante, la generación de '98 queda afuera del sistema político convencional debido a su apoyo de los anarquistas, los republicanos, los pre-fascistas, y los socialistas, criticando el régimen actual y proponiendo soluciones con un pesimismo profundo. Influidos por “el costismo”, esta generación de intelectuales plantea una serie de reformas para revitalizar las señas de identidad perdidas y rechazar la visión cosmopolita, de ese modo, regenerando las heridas y la decadencia de la sociedad.

En contraste, los modernistas puros tienen una visión cosmopolita de España, aspirando a la universalización del arte. Claramente, el pensamiento vanguardista y sus argumentos centrales destacados en este texto representan un vástago de esta nueva tendencia. Cronológicamente, el movimiento del modernismo puro precipita el novecentismo y la generación del 14 que continúan la reacción contra el positivismo iniciada por el modernismo, pero con mayor

esperanza y optimismo. Para realizar un cambio político verdadero, la generación del 14 afirma la importancia de la democratización de la educación y la cultivación de líderes intelectuales para impulsar el nuevo régimen.

Finalmente, durante los años 1917-1923, surge el vanguardismo como una cierta inflexión entre la generación del 14 y el movimiento surrealista de la generación 27 – una convergencia entre el modernismo y el novecentismo. En la atmósfera de irracionalismo y un optimismo exagerado y absurdo de los locos años 20, el vanguardismo trata de separar el arte de la vida – una forma de “deshumanización del arte”, como acuñado por José Ortega y Gasset. Un precedente del surrealismo, técnicas vanguardistas como el cubismo, el ultraísmo, y el futurismo introducen elementos innovadores respecto de las formas tradicionales o convencionales. Al distorsionar la realidad y eliminar las figuras definidas, el vanguardismo también incorpora una actitud del elitismo expresionista, claramente contrastando con el propósito del arte nouveau de introducir el arte en la calle y la vida cotidiana. Por eso, también se asocia este movimiento con un sentido peyorativo – el resultado del inconformismo excesivo en búsqueda de la novedad en vez de la verdad.

Catálogo de la exposición de la Sociedad de Artistas íberos en Dinamarca

Claramente en este texto, los artistas vanguardistas rechazan el modelo de la generación de '98, rompiendo la conexión entre la arte y la propagación de la cultura tradicional. Los artistas distinguen dos grupos distintos de personas, “aquellas que ven en el arte una ley universal y no creen que el arte y la belleza necesitan recurrir a los “bailes de trajes” nacionales, y otras para los cuales el arte sólo existe en estos espectáculos y creen que el patriotismo y la estética deben reducir el arte a una especie de propaganda de turismo.”

Ciertamente, el desprecio de los vanguardistas por este segundo grupo no capta exactamente el propósito de la generación de '98, pero revela la brecha entre estos dos movimientos opuestos. Para la generación de '98, los antiguos mitos españoles y la preservación de la cultura castiza y centralizada – manifestada en el símbolo de Castilla – representan la salvación de la España actual decadente. En vez de conformar con el resto de Europa en búsqueda de la novedad, la generación de '98 aspira a una renovación nacional a través el arte y la estética – no una propaganda del turismo, sino la reconexión con el antiguo imperio glorioso.

Irónicamente, al tratar de ser inconformista, el movimiento vanguardista español conforme más a la pauta del resto de Europa. Al explorar un arte que responda a la novedad interna, el arte vanguardista a veces sacrifica su propuesta de autenticidad y universalidad para lograr el sensacionalismo, de ese modo, alienando a su propio lector – el resultado del elitismo expresionista. Al criticar a los temas tradicionales sobre su carencia de sustancia y su falta de responder al hombre nuevo, el arte vanguardista también comete el mismo error.

No obstante, en su forma pura, el arte vanguardista español aspira a captar el sentimiento compartido con el resto de Europa, no localizado sino universalizado, como destacado en el siguiente pasaje. “Aunque visto el español a la europea no deja de ser español quien lleva a España en la sangre. En arte, con más motivo ha de ocurrir otro tanto, puesto que el arte no es nunca privativo de tal o cual nación sino que ha de hablar a todos los pueblos y ha de regirse por leyes que están por encima del tiempo y de las demarcaciones.” A pesar de la retórica sobre la universalización, sin embargo, el abandono de las figuras definitivas y la devoción absoluta a la expresión individualizada algunas veces alejan el artista de su lector – un ejemplo de la fricción entre el mundo interior y la interpretación exterior. La suposición principal no considerada es la

posibilidad que la coyuntura y la trayectoria histórica afectan la capacidad de traducir el significado y la expresión del arte. Debido a la formación y la influencia subconsciente de la cultura y la tradición, inevitablemente, el arte quizás refleja algunos rasgos del punto de vista nacional/regional/local en vez de universal. Con la profundización del mundo interior del artista y el alma individual, involucra la cuestión de la identidad del artista – implícitamente la preocupación central de la Generación de '98.

Conclusión

En conclusión, este texto subraya la tensión compleja en el desarrollo de movimientos artísticos durante este periodo. El movimiento vanguardista llegó lógicamente con la Primera Guerra Mundial, con la conciencia del absurdo sacrificio que significaba. Representando la dislocación de la gente y la confusión compartida, el vanguardismo responde a una profunda crisis en Europa en la cual, el sistema capitalista y la política convencional no cumplen las esperanzas y provocan una pérdida de valores. En este sentido, el movimiento vanguardista paralela el pensamiento de la generación de '98 – ambos movimientos, aunque superficialmente divergente, tratan de resolver el problema de la identidad y el rejuvenecimiento espiritual, utilizando la estética como un mecanismo principal de reforma.

LA EXISTENCIA DEL SEPARATISMO

EL PROYECTO NACIONAL DEL NACIONALISMO

En España invertebrada, José Ortega y Gasset propone una explicación alternativa de la existencia de movimientos nacionalistas. En contraste con la perspectiva convencional que considera el nacionalismo catalán y vasco como un movimiento artificioso, “sin causas ni motivos profundos”, Ortega y Gasset expone que el concepto de la <<España una>> no existe a priori, sino consiste en un proyecto nacional. Es decir, la España unificada no proviene del mito de la población homogénea y de la herencia común de tradición, cultura, y lengua, sino se deriva de la cooperación – el reconocimiento de cada parte diversa que la unidad trae ventajas mutuas. Por eso, Ortega y Gasset propone la siguiente idea central, que “la convivencia nacional es una realidad activa y dinámica, no una coexistencia pasiva y estática como el montón de piedras al borde de un camino. La nacionalización se produce en torno a fuertes empresas incitadores que exigen de todos un máximo de rendimiento, y en consecuencia, de disciplina y mutuo aprovechamiento.”

Contexto Histórico:

Según Ortega y Gasset, La <<España una>> nace en la mente de Castilla, no en realidad, sino como un ideal esquema de algo realizable – un proyecto incitador de voluntades. Como la visión ideal de Rhodesia por Cecil Rhodes, la formación de España empieza con la alianza entre Castilla (hacia África y el centro de Europa) y Aragón (hacia el Mediterráneo). Difiriendo de la noción convencional que se inicia la unión “para vivir juntos, para sentarse en torno al fuego central, a la vera unos de otros, como viejas sibilantes en invierno”, Ortega y Gasset sostiene que la unión se hace para crear un Imperio aún más amplio – de extender la influencia internacional. Como destacado en el pensamiento Maquiavelo y la escritura de Fernando de España, para

mantener la unidad de nación, requieren la aplicación de la fuerza para asegurar la estabilidad y la creación de nuevos proyectos beneficiosos para demostrar la necesidad de la nación propia.

Por eso, Ortega y Gasset propone la idea, “las grandes naciones no se han hecho desde dentro, sino desde fuera; sólo una acertada política internacional, política de magnas empresas, hace posible una fecunda política interior, que es siempre, a la postre, política de poco caldo.” Puesto que esta sensibilidad internacional sólo existe en Aragón y Castilla, surge aquí la noción de la <<España una>> - un proyecto realizable del dominio.

No obstante, como la formación de la consciencia de nación, también existe la fuerza opuesta – el particularismo – el deshecho del nacionalismo. Desde una perspectiva histórica, Ortega y Gasset rastrea la decadencia y la desintegración de España a 1580 durante el reino de Felipe II. Avanzando en riguroso orden de la periferia al centro, el proceso de desintegración empieza con la pérdida de los Países Bajos y el Milanesado, después Nápoles. Lentamente, durante el siglo XIX, España pierde sus colonias en América y Extremo Oriente. En 1900, “el cuerpo español ha vuelto a su nativa desnudez peninsular”. Lógicamente, según Ortega y Gasset, en 1900, los movimientos del regionalismo, nacionalismo, y el separatismo empiezan. Es decir, estos movimientos no provienen del irracionalismo – el rechazo de los antiguos enlaces nacionales inherentemente existentes. En cambio, esta descomposición es el suceso inverso de la totalización – la construcción de la nación a través la integración participativo de los grupos sociales. Por lo tanto, la nación no es una entidad a priori, sino un esfuerzo activo que sin buena gestión, pierde su propia legitimidad y existencia.

El movimiento catalán y bízquense:

Según Ortega y Gasset, “La esencia del particularismo es que cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte, y en consecuencia deja de compartir los sentimientos de los demás.” Especialmente en vista de la industrialización y la riqueza del País Vasco (Bilbao) y Cataluña (Barcelona), estas dos regiones “han tomado el particularismo un cariz agresivo, expreso, y de amplia retórica.” En contraste, a pesar de las diferencias obvias de cultura y lengua, Galicia – una región pobre – siente el resentimiento, pero inertemente. La conexión clave es que con la riqueza y la supuesta autosuficiencia, estas dos regiones no sienten la necesidad de pertenecer al proyecto nacional.

Como consecuencia, Ortega y Gasset propone la idea que estos movimientos nacionalistas no derivan del radicalismo irracional, sino una evolución natural proveniente de la falta de visión del gobierno central. Por eso, Ortega y Gasset declara:

Castilla ha hecho a España y Castilla la ha deshecho. Núcleo inicial de la incorporación ibérica, Castilla acertó a superar su propio particularismo e invitó a los demás pueblos peninsulares para que colaborasen en un gigantesco proyecto de vida común. Inventa Castilla grandes empresas incitantes, se pone al servicio de altas ideas jurídicas, morales, religiosas, dibuja un sugestivo plan de orden social; impone la norma de que todo hombre mejor debe ser preferido a su inferior, el activo al inerte, el agudo al torpe, el noble al vil. Todas estas aspiraciones, normas, hábitos, ideas se mantienen durante algún tiempo vivaces. Las gentes alientan influidas eficazmente por ellas, creen en ellas, las respetan o las temen.

No obstante, Ortega y Gasset atribuye el particularismo a la conservación misma del pasado y el poder arraigado – la falta de innovación que sofoca el progreso y retrasa el desarrollo de partes de España. Debido a que el macroentorno no ya no sirve para promover sus intereses, especialmente en vista de su riqueza e industria, el País Vasco y Cataluña sienten el fervor

nacionalista de cortar su participación en el proyecto nacionalista de España para favorecer su propio avance.

El método de reconciliación

Por eso, para reconciliar esta tendencia, Ortega y Gasset promueve la renovación de la sociedad unitaria a través el reconocimiento de la interdependencia mutua. Como en un microentorno social, el proceso de unificación “lleva el contrapunto de un proceso diferenciador que divide aquella en clases, grupos profesionales, oficios, gremios”. En la misma manera que la industria depende de los proveedores de las materias primarias, los consumidores de sus productos, los técnicos para mantener sus máquinas, los agrónomos productivos para liberar su labor, el gobierno para regular su comercio, y el ejército para defender su propiedad, la salud nacional también debe enfatizar y subrayar estas conexiones. Ilustrado en la centralización del estado contra una amenaza exterior, la sociedad se hace más compacta y vibra integralmente con un proyecto compartido – un beneficio mutuo de cooperación. Por eso, Ortega y Gasset insiste en que España entre en la guerra, rompiendo la neutralidad para promover el proyecto nacionalista. Últimamente, para revigorar la incorporación y la totalización, Ortega y Gasset escribe, *“No es necesario ni importante que las partes de un todo social coincidan en sus deseos y sus ideas; lo necesario e importante es que conozca cada una, y en cierto modo viva, los de las otras.”*

Reflexiones Personales:

Estoy de acuerdo con esta explicación alternativa de los orígenes del movimiento nacionalista. Claramente, a pesar de que las diferencias de idioma, cultura, y tradición siempre existen, durante el cenit del imperio español, las entidades constituyentes de España sienten un

orgullo comunitario, cooperando juntamente para lograr su propio beneficio. Un pensador integral de la generación de '14, Ortega Gasset intenta utilizar la razón y el impulso de la ciencia para estimular la acción colectiva. Como estudiado en clase, el movimiento nacionalista nace con la industrialización y la creación de la clase burguesa periférica, cuyas motivaciones económicas estimulan la búsqueda del mito regional y la tradición distinta para distinguirse. De hecho, en Cataluña, la gente cree que la separación engendrará más beneficios que permanecer en el país. Como mencionado en este texto, en áreas como Galicia, a pesar de su cultura distinta, la pobreza y la dependencia de las prestaciones sociales del gobierno central desinfla la tendencia nacionalista.

Interesantemente, las ideas sobre el origen del nacionalismo directamente contradicen la propuesta de Pió Baroja, gran pensador de la Generación de '98, en "Divagaciones sobre la cultura". En vez de la noción que el movimiento nacionalista constituye un dictado artificial, Baroja verdaderamente manifiesta la singularidad de la cultura del País Vasco y la cultura centrífuga de España, simbolizada en Castilla. Él escribe, "Yo quisiera que España fuera muy moderna, persistiendo en su línea antigua; yo quisiera que fuera un foco de cultura amplio, extenso, un país que reuniera el estoicismo de Séneca y la serenidad de Velásquez, la prestancia del Cid y el brío de Loyola...me gustaría ver el país vasco como un núcleo no latino, como una fuente de energía, de pensamiento y de acción, que representara los instintos de la vieja y obscura raza nuestra, antes de ser saturada de latinidad y de espíritu semítico."

Notablemente, ambos Baroja y Ortega y Gasset apelan a la imagen de la antigua Castilla para desarrollar su propuesta para resolver el estancamiento del estado español actual. Sin embargo, los dos pensadores difieren dramáticamente en la forma de esta reconciliación. Para

Baroja, el rejuvenecimiento de la cultura compartida constituye la reforma primaria, basada en el símbolo de Castilla. En contraste, Ortega y Gasset niega que sólo la cultura de Castilla pueda centralizar las provincias. En cambio, él propone la creación de un proyecto nacionalista para lograr la cooperación a través la promesa de los beneficios mutuos. Aunque ambos autores afirman la existencia de diferencias culturales, como en el País Vasco, Baroja cree que la gloria de la cultura castellana resuelve la tensión (porque a pesar de su carácter distinto, según Baroja, el éuskera no es una lengua de civilización), y en contraste, Ortega y Gasset enfoca en el desarrollo de un proyecto práctico (como la extensión del imperio español durante la cima de la antigua unificada Castilla-Aragón), en vista de los motivos que impulsan el separatismo.

Casos Relevantes – China:

La noción que China es un país inherentemente centralizado y homogéneo de cultura, tradición, y lengua es puramente fábula. Debido a la cantidad de diferentes dialectos (2.548 reconocidos), la mayoría mutuamente inteligible, según eruditos, es más preciso decir que existen siete diferentes clasificaciones de idiomas: Putonghua (Mandarín), Gan, Kejia (Hakka), Min, Wu, Xiang, y Yue (Cantonés). Dentro de cada grupo de lenguaje, hay muchos dialectos regionales y locales. Además, el gobierno chino oficialmente reconoce 56 distintos grupos étnicos, incluyendo Han, Zhuang, Manchu, Hui, Miao, Uyghur, Yi, Tujia, Mongols, Tibetan, y Buyi. Aunque la mayoría de la gente pertenece al grupo Han, la diversidad de cultura, tradiciones, y lengua ilustra el desafío de mantener un proyecto nacionalista. A través más de 5000 años de historia, China experimentaba un vaivén entre la unificación y la descentralización – la totalización y el particularismo. Por ejemplo, durante el periodo de Primavera y Otoño y el periodo de las Naciones en Guerra (siglos 5-8 antes de Cristo), siete reinos principales luchaba por control. Debido al conflicto regional, no existía un imperio centralizado, en cambio, reinos

independientes y caudillos locales. Como Ortega y Gasset destaca, debido a la falta de un proyecto nacionalista y la carencia del reconocimiento de los beneficios de la interdependencia mutua, durante estos periodos, China quedaba fragmentada.

Sin embargo, durante la dinastía Qin, el emperador Qin (秦) Shi Huang exitosamente sometió la mayoría de la patria Han, unificando grupos distintos bajo un gobierno legalista y centralizado, situado en Xianyang (咸陽). La doctrina legalista enfatizaba la observancia estricta al poder absoluto del emperador y la contribución de cada región al desarrollo del imperio. Por eso, a pesar de la represión política y el acallar de los intelectuales (semejante a la Inquisición), durante esta dinastía – la primera instancia de la China unificada – ocurría una gran organización que beneficiaban a la población diversa, incluyendo la construcción del Gran Muro, la unificación de escritura, el crecimiento del comercio, y el uso de la moneda común. Con la estandarización de casi todo, incluyendo los caminos y la longitud de ejes de carros para favorecer el comercio, el emperador Qin logró la creación del proyecto nacional, impulsando la unificación a través la disciplina y los beneficios mutuos, como los reyes católicos. Asimismo, la dinastía Han (漢朝) que surgió después en 202 BC continuaba en el mismo sentido, abrazando la filosofía del confucianismo y avanzando una gran producción del arte y de la ciencia. Al extender el imperio China a Xiongnu (匈奴) y las estepas de Mongolia moderna, y también al crear el camino de seda (絲綢之路), el emperador Han emprendió un gran proyecto de expansión internacional, de ese modo, logrando la totalización como la unión de Castilla y Aragón, dos reinos del enfoque expansionista. Claramente, el esquema de Ortega y Gasset también corresponde a la historia china, explicando los periodos de centralización y también de fragmentación y particularismo. Ciertamente, a pesar de que la diversidad de cultura y la

heterogeneidad de la población siempre existen, la unificación depende de la política y la contribución del régimen central de promover el reconocimiento de los beneficios de la interdependencia y el sentimiento del progreso compartido. Esta idea también se halla en el imperio romano, cuyo control del imperio vasto no depende de la homogeneidad de cultura, sino la capacidad administrativa, la estabilidad, la difusión de la tecnología, y el sentimiento del progreso y la paz.

Conclusión:

Rechazando la noción que “los separatistas no deben ser tratados como españoles”, Ortega y Gasset propone un cambio radical de la mentalidad del gobierno central. Enfrentado con el estancamiento de la España de su época, Ortega y Gasset lamenta, “Hoy es España, más bien que una nación, una serie de compartimientos estancos.” Intentando cambiar la mentalidad del gobierno central sobre el origen y el motivo de los movimientos nacionalistas, Ortega y Gasset trata de instigar la creación de un nuevo proyecto nacional que afirma y refuerza la interdependencia y los vínculos entre comunidades y regiones disparadas.

INTELECTUALES Y POLÍTICOS

EL PENSAMIENTO DE GREGORIO MARAÑÓN

Un gran pensador de la generación '14, Gregorio Marañón pertenecía a la Tercera España, fuera del sistema político convencional. Médico, científico, historiador, escritor, e intelectual, en la veta del movimiento novocentismo, Marañón idealistamente trataba de reconciliar la política con el intelectualismo, criticando la falta de visión del sistema actual. Al defender la ciudadanía participativa en contraste con el poder arraigado de la oligarquía, Marañón invoca a la clase media profesional para cumplir el vacío político. Según Marañón, “el apoliticismo de gran parte de nuestros hombres de ciencia e intelectuales es originariamente una reacción ante esos ejemplos de vidas que pudieron ser fructíferas para la obra del pensamiento y que fueron truncadas por la actuación oficial. Pero esta explicación no atenúa la gravedad de su indiferencia. Ahora nos damos cuenta todos, con particular agudeza, de que el mal más profundo de España es *la falta de conciencia pública.*”

El rol de los profesionales, los científicos, y los intelectuales

Insatisfecho con la locura de la política ineficaz que ha asimilado mucha gente talentosa sin resultados, Marañón sostiene que los profesionales – los intelectuales y los científicos – deben ser partícipes de la política para cumplir la responsabilidad primaria de ser ciudadanos. En la misma manera que Sócrates intenta estimular el letargo de Atenas, Marañón aspira a inculcar la ciudadanía participativa en la clase media profesional. Lamentablemente, según Marañón, “España, vieja por su historia, tiene un alma política inmadura, casi por completo inédita; como esos casos de infantilismo patológico que vemos en las clínicas, en los que un cuerpo ya añoso aloja un espíritu pueril.” En contraste con los otros países europeos, Marañón sugiere que “los estados de opinión en España se han hecho siempre en torno de hombres – reyes, caudillos,

guerrilleros, jefes de bando político – o en torno de conceptos de valor metafísico – Dios –; o bien alrededor de cosas esa historia secular de izquierdas y derechas; pero nunca alrededor de ideales propiamente políticos, es decir, ciudadanos.”

Claramente, Marañón critica la pasividad de la política española – la persistencia de la jerarquía y el control de la oligarquía o las instituciones afianzadas que desplazan la ciudadanía participativa y substituyen la docilidad por el pensamiento independiente. Por eso, para desarrollar la ciudadanía verdadera, “expresión de una consciencia política, obligatoria en todo pueblo civilizado”, Marañón apela a los intelectuales para encabezar este rejuvenecimiento de la consciencia política. No obstante, Marañón advierte que la consciencia política francamente no debe enmascararse en la ambición política y el enriquecimiento material. En cambio, para lograr la civilización verdadera, “no necesita otro instrumento que un pueblo consciente; y la conciencia de los pueblos la hacen sus hombres representativos y no sólo los políticos de profesión.” En vista de la dictadura y la represión de Primo de Rivera, Marañón sabe claramente las consecuencias de la falta de esta consciencia compartida. Él escribe, “y si no lo hacen, como alguien tiene que hacerlo, lo harán las dictaduras, a su modo, con el peligro de que el dictador sea, no un reformador, sino un pobre hombre; un fetichista de ese “orden” impuesto, que acaba siempre engendrando una revolución.”

El porvenir de la cultura

Como un gran médico y científico, Marañón metódicamente aplica las analogías científicas para manifestar su visión humanista de la cultura sin comprometer la espiritualidad, común a su generación de pensadores. Según Marañón, “La cultura...es la más alta expresión del espíritu del hombre y substituirá y crecerá con el desarrollo de la Humanidad, que está todavía en

su adolescencia; y, por eso, sus pecados son aún pecados de juventud.” Utilizando una analogía de biología, Marañón sugiere que la evolución de la cultura a través de la historia se parece a “la evolución de los organismos vivos” – una idea central del regeneracionismo, un retoño del positivismo y krausismo. Con el reconocimiento de la cultura actual es todavía incompleta, Marañón propone dos revoluciones claves que influirán la cultura del porvenir.

Primero, Marañón destaca el auge de la civilización mecanicista. Aunque ciertamente los avances del mecanicismo han afectado la cultura, Marañón asevera que en la cultura actual, “se valora excesivamente al hombre mecanicista, hombre de instinto, en detrimento del hombre inteligente...es lamentable que un motorista gane más dinero que un poeta, y que el vencedor de una carrera sea paseado en triunfo por la misma multitud que ignora la aparición de una obra fundamental en el arte o en la ciencia.” Al afirmar la importancia de la espiritualidad y la producción artística y científica en contraste con la devoción absoluta al mecanismo desinteresado, Marañón afirma que la cultura debe favorecer la libre plenitud del desarrollo espiritual.

Segundo, Marañón ilumina la influencia creciente de las preocupaciones biológicas. Marañón afirma la importancia de la sincronización con la Naturaleza, escribiendo, “La vida de la Naturaleza y las lecturas humanistas compensarán automáticamente los peligros que tiene para la cultura el mecanicismo actual”. Al armonizar la vida con “el ritmo invariable de los mundos” y la Naturaleza, la gente logra la rapidez sin la prisa. En desarrollar su visión del futuro, Marañón escribe:

Las generaciones futuras no saciarían libremente el apetito de comer sin más limitación que la falta de dinero o las enfermedades del estómago, como las generaciones actuales, sino que comerán según un método científico impuesto por la economía futura y por los

principios de la dietética. No abandonarán su cuerpo pasivamente al desgaste de la madurez y de la ancianidad, sino que lo defenderán mediante el deporte, la vida al aire libre, etc. No entregarán, finalmente, la responsabilidad de su descendencia al azar de la pasión física o del amor fugitivo, sino que convertirán a éste en una emoción reflexiva, separando el puro placer de la función procreadora.

Claramente, su formación como médico surge en sus analogías y su visión del futuro – una manera de reconciliar la ciencia y el entendimiento biológico sobre el cuerpo humano con la espiritualidad y la trascendencia de la cultura futura. Semejante al Costismo en el sentido que Marañón apela a las analogías de salud y biología para explicar su visión de la cultura humanista futura, él reconoce que los trastornos son necesarios para lograr esta nueva cultura. Sin embargo, el dolor de la reforma y la lucha sólo refuerzan la recompensa de la liberación y del progreso, como destacado en el siguiente pasaje.

Yo creo, desde luego, en la necesidad del dolor como fuente del progreso, y en reciente ocasión he hablado largamente de ello...El dolor provechoso no es, pues, el dolor aceptado con resignación, sino el dolor combatido y utilizado...el hombre que no se rebela ante el dolor es un hombre desprovista del sentido vital y de eficacia para el progreso. Mientras éste está en marcha, la Humanidad sufrirá y luchará a la vez para no sufrir. Y, sin duda, el día que se logre esta liberación, los hombres podrán pensar, con más razón que en tantas ocasiones, que se acerca el anticristo y el fin de la especie, que sobrevendrá, sin duda, en la hora de la felicidad absoluta.

Reflexiones Personales:

Esta noción del dolor necesario para progresar paralela el conocimiento médico y el concepto de una vacuna, en la cual, el cuerpo logra resistencia a través la exposición a la enfermedad. Además, las medicinas (la disciplina) para corregir la maldad del cuerpo (el libertinaje) también requieren el dolor y el sufrimiento antes de la recuperación. Asimismo, a través la lucha de la vida y el sufrimiento, la grandeza y la libertad nace en vigor.

Correspondiendo con la línea del pensamiento de Nietzsche, Marañón afirma que el valor del triunfo requiere la dislocación inicial y el dominio de la debilidad.

De hecho, los dos elementos que Marañón destaca como revoluciones claves que influirán la cultura del porvenir verdaderamente están incorporados en la cultura actual. Es decir, el entendimiento biológico y la influencia del mecanicismo han impactado la trayectoria de la evolución cultural. Su visión del futuro sobre las costumbres de salud y el cuidado del cuerpo humano está incorporada en las prácticas diarias de la gente actual, ilustrado en la creencia extendida de la importancia del ejercicio y la nutrición equilibrada. Además, el desarrollo de la tecnología de la edad digital también, quizás lamentablemente, ha desplazado la producción artística en captar la atención y la admiración de la sociedad.

No obstante, el rejuvenecimiento de la consciencia política, la ciudadanía participativa, y la lucha activa por la libertad (el uso del dolor como instrumento del progreso) todavía se enfrenten con obstáculos porque a pesar de la comprensión del cuerpo humano, este conocimiento no traduce directamente a la vida política. En los Estados Unidos, el recuerdo de la antigua lucha para asegurar la libertad de hoy ha erosionado en la mente de la mayoría de la población. Por eso, durante las elecciones nacionales, usualmente menos de un 50% de la población ejerce su derecho fundamental de votar – el pilar de la ciudadanía y el liberalismo. Asimismo, la persistencia de la torre de marfil constituye una barrera entre la esfera intelectual y el entorno político. Todavía, los profesionales y los científicos quedan bajo las limitaciones de su oficio, y los abogados y los políticos profesionales dirigen la dirección de la política pública. Ciertamente, la desilusión de la falta de visión de estos políticos profesionales resultó en la elección de Jimmy Carter, un presidente idealista, intelectual, y médico, pero a pesar de sus buenas intenciones, su carencia de experiencia y capital político redujo su eficacia y capacidad de instigar las reformas integrales. Sin embargo, es muy común que los candidatos se distancian

de la noción de “político profesional”, con razones iluminados en este texto. Además, su discurso sobre la vanidad versus la envidia tiene mucho relevancia, como mencionado en la conclusión.

Conclusión:

Un opositor de la dictadura, Marañón considera el liberalismo y el republicanismo como fundamental al desarrollo de la ciudadanía y la libertad. No obstante, el escribe, “la libertad verdadera no nace del libertinaje, sino del rudo deber; y también la cultura. Los liberales hemos olvidado que el uso inmoderado de la salud engendra la enfermedad y la degeneración; y que la salud pérdida sólo se recobra con medicinas dolorosos – que son las fuertes disciplinas.” Para adelantar la libertad verdadera, Marañón apela a los intelectuales a abandonar la torre de marfil para afirmar sus responsabilidades de la ciudadanía para estimular y promover la consciencia pública. Para mezclar con la población común, Marañón amonesta la vanidad de los intelectuales porque este pecado sólo amplía el abismo entre la esfera intelectual y la vida pública, de ese modo, contribuyendo a la brecha política. Él escribe, “lo terrible de los movimientos políticos de fuerza es su sentido anti-intelectual. Lo realizan gentes ignaras e intelectuales sin éxito, que se rodean y se apoyan en la parte de la sociedad más hostil al progreso de la cultura. Es la lucha de la envidia contra la vanidad; y de la lucha acaban las dos purgadas y sanas.”

Demostrado en la segunda república y el pensamiento de la generación de ‘98, a pesar de la contribución de la contemplación intelectual, en la actuación real de la política, figuras claves como Manuel Azaña fracasó en lograr sus objetivos debido a la fricción entre la visión ideal y la capacidad de adaptar al contexto social. En la política actual, todavía existe el desprecio del intelectualismo porque inherentemente, las clases populares asumen que la mentalidad intelectual excluye el pragmatismo, de ese modo, alienando las demandas, los intereses, y las

necesidades de la mayoría en búsqueda de la utopía idealista. Por eso, estoy de acuerdo con Marañón, que aspira a reconciliar esta brecha para beneficiar a todos, escribiendo, “Ante todo, el intelectual debe adoptar una actitud exenta de vanidad, pero imbuida de la conciencia de su responsabilidad. No huir ante el peligro ni ante los sacrificios, incluso el que más nos cuesta: el de dejar nuestra reputación, que es nuestro tesoro, hecha jirones en la plaza pública.”

LA ALIANZA DE INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS

EN DEFENSA DE LA CULTURA DEL PUEBLO

Aunque el bando republicano falta una ideología común, la amenaza de los fascistas une a los intelectuales más prestigiosos en defensa de la cultura del pueblo. Las generaciones de '98, '14, y '27, a pesar de las diferencias de doctrina, conjuntamente reconocieron el peligro del régimen militar y el coste cultural resultante de la supresión de la intelectualidad y la libertad de expresión. Por eso, como destacado en la declaración de la “Alianza de Intelectuales Antifascistas” (1936), a pesar de la carencia de una agenda política determinada, los intelectuales hizo una campaña cultural en defensa de la producción artística y los valores humanos.

Los autores escriben, “Este levantamiento criminal del militarismo, clericalismo, y aristocratismo de casta contra la República democrática, contra el pueblo, representado por su gobierno del Frente Popular, ha encontrado en los procedimientos fascistas la novedad de fortalecer todos aquellos elementos mortales de nuestra historia, que por su descomposición lenta venían corrompiendo y envenenando al pueblo en su afán activo de crear una nueva vida española.” Frente la inminencia del conservatismo extremo del bando nacional, aspirando a reestablecer el catolicismo estricto y la defensa absoluta de la patria (a pesar de la erosión de la soberanía popular), los intelectuales organizaron una intensa propaganda para ganar el apoyo internacional para la república, tratando de plantear la ilegitimad y la barbaridad de la sublevación militar. A través las revistas literarias como “La Hora de España”, estos pensadores de la “Tercera España”, muchos con ideas liberales democráticas, publicaron sus inquietudes sobre las consecuencias graves del dictamen militar. Vinculando la libertad del pensamiento con los valores fundamentales del pueblo y la continuidad de la “verdadera cultura española”, los intelectuales trataron de establecer su legitimidad a través la conexión a la identidad española.

Por eso, para contrarrestar la fuerza corrompida del bando nacional, los intelectuales escriben, “Nosotros, escritores, artistas, investigadores, científicos, hombres de actividad intelectual, en suma, agrupados para defender la cultura en todos sus valores nacionales y universales de tradición y creación constante, declaramos nuestra unión total, nuestra identificación plena y activa con el pueblo...*defiendo los verdaderos valores de la inteligencia al defender nuestra libertad y dignidad humana...a la verdadera continuidad de nuestra cultura, y a todas sus posibilidades creadores de España en el porvenir.*” Para evadir el conflicto sobre la visión política ideal, la declaración de la alianza de intelectuales antifascistas omite referencias específicas a la doctrina política, sino utiliza imágenes generales sobre la defensa de los valores de la inteligencia y la cultura del pueblo.

Irónicamente, sin embargo, existe una tensión grave entre estos dos conceptos. Como ilustrado en el elitismo intrínseco de la producción artística de alta calidad, usualmente vinculada con la clase burguesa y profesional, los valores de la inteligencia muchas veces trascienden el alcance del pueblo popular y el entendimiento de las masas poco educadas. Asimismo, muchos de los pensadores claves de la generación de '98 y '14 fueron influidos por el pensamiento de Nietzsche, un crítico severo de la mediocridad del pueblo que erosiona la grandeza del talento de los individuos. Por eso, a pesar de que Ortega y Gasset firmó esta declaración que afirma la importancia de preservar la continuidad de la cultura, inextricablemente enlazada con el pueblo común, persiste una contradicción con su pensamiento filosófico contra la insuficiencia de las masas. Asimismo, a pesar de que Gregorio Marañón también proclamó la necesidad de defender la cultura del pueblo para facilitar “las posibilidad creadores de España en el porvenir”, sus obras

exponen sus dudas sobre la carencia de la noción de la ciudadanía en la cultura española, apelando a los profesionales (una clase relativamente elitista) para impulsar el cambio.

También, puesto que muchos de los grandes intelectuales provienen de la Institución de la Libre Enseñanza – claramente un entorno privilegiado – exacerbó la desconexión entre las aspiraciones de los grandes intelectuales y las preocupaciones de las masas. Por eso, como destacado en el capítulo anterior, a pesar de la visión ambiciosa del gobierno republicano liberal, por ejemplo bajo la presidencia de Manuel Azaña, no podía realizar su meta social debido a la falta del entendimiento de la realidad, por ende, precipitando la pérdida de elecciones y la confianza del pueblo. De modo parecido, la declaración de intelectuales antifascistas no consiguió tanta resonancia popular como los instrumentos de comunicación menos refinados, como el programa marxista “la apasionada”, narrado por Dolores Ibarruri – una mujer muy carismática, pero sin educación formal.

Reflexiones personales

En conjunto, la defensa de los intelectuales antifascistas revela una tensión intrínseca, en la cual, los pensadores elitistas apelan a la cultura popular, a pesar del desprecio marcado de algunos de sus constituyentes por la mediocridad y la insuficiencia de la sociedad generalizada. Con firmantes diversas como, Antonio Machado ('98), Gregorio Marañón ('14), Ortega y Gasset ('14), Ramón Menéndez Pidal ('27), entre otros, no surge una noción clara de lo que verdaderamente constituye la cultura del pueblo. Ciertamente, la producción artística usualmente refleja las creaciones de una clase privilegiada y bien educada, y por su perspicacia, innovación y profundidad influye la cultura en general. No obstante, la propaganda del bando republicano se

concentra en movilizar a las masas, la mayoría con poca capacidad de captar la trascendencia de los valores de la inteligencia, y más grave, poca capacidad de asociarse con sus defensores.

Quizás el propósito de los intelectuales antifascistas no es la defensa de la cultura popular, sino la defensa de la posibilidad de apoyar la expresión cultural sin limitaciones. El argumento de la continuidad de la cultura popular del pueblo quizás sirve como un hombre de paja, escondiendo las inquietudes más profundas sobre la libertad de expresión, la diversidad de opinión, y el derecho de pensar. Interesantemente, a pesar de la apelación a la cultura del pueblo, supuestamente sobreentendida por todos, debido a la gran diversidad de pensadores vinculados con el movimiento anti-fascista, no surge una visión unificada sobre lo que verdaderamente consiste la cultura del pueblo. Por lo tanto, desde un análisis de retórica, la declaración de los intelectuales antifascistas tácitamente revela su propósito principal – de reservar el derecho propio de cada individuo de definir la cultura española sin una pauta determinada, en contraste con el bando nacional, basado en el catolicismo rígido y la defensa absoluta de la patria, el imperio, y la justificación de la fuerza como un instrumento legítimo del control.

VISIÓN DE ESPAÑA

LA PROPAGANDA NACIONAL SOBRE LA EDUCACIÓN

Utilizando palabras grandilocuentes, José Pemartín, uno de los autores de la Ley de Bases sobre educación, delinea la visión de la nacionalidad española y afirma la importancia de usar la educación como una herramienta del adoctrinamiento – de cultivar una nueva generación sumisa, a favor del régimen franquista. Considerando a los adultos como una causa pérdida debido a sus ideas ya formadas, el bando nacional reconoce la trascendencia de enfocarse en la nueva generación para restañar el influjo de las ideas modernas y liberales, supuestamente peligrosas y subversivas. Al reconocer que la guerra de ideas y de enseñanza tiene un impacto tan fuerte como la guerra física entre militares, Pemartín sostiene que el fortalecimiento de la “educación ideal español”, basada en el catolicismo y la devoción a la “hispanidad” sirve como una arma potente para conquistar a la España roja.

Primero, Pemartín define la teórica nacionalidad española, “formada durante largos siglos de guerra religiosa, de una verdadera cruzada contra el Islam, que culmina en el glorioso reinado del yugo y las flechas de Fernando e Isabel, y que...haber optado violentamente a favor del catolicismo y contra la reforma.” Invocando las imágenes del imperio para justificar la toma del poder, Pemartín escribe que la verdadera España siempre se ha dedicado a la “magnífica tarea de expansión de la fe católica, alma de la hispanidad, según felicísimo concepto de Ramiro de Maeztu, es la verdadera heredera de la cristiandad medieval, raíz y base de nuestra civilización.”

Defiendo la continuidad de esta “verdadera base de la sociedad”, según Pemartín, “La España de Franco es la que defiende a Europa contra ella misma, contra su disolución revolucionaria; contra aquella discrepancia y ruptura fundamental que derivó a la Europa del renacimiento, a través del racionalismo, del cartesianismo, de la enciclopedia y del positivismo

materialista, a su ruina moral hoy.” Paralelamente a la declaración de los intelectuales antifascistas, Pemartín también apela a la continuidad de la herencia española para justificar el régimen militar. En contraste, sin embargo, el quid de esta cuestión se concentra en los dos ejes de 1) catolicismo castizo, base de la herencia de hispanidad, 2) defensa de la patria frente a la amenaza de las ideas ilustradas. Ciertamente, con la retórica divergente sobre la cultura verdadera del pueblo español, la propaganda de ambos bandos genera una forma de confusión – la falacia de las apelaciones generales para ganar apoyo sin concretar o defender rigurosamente la legitimidad del argumento.

No obstante, para “fortalecer ese ideal español, cristiano y civilizado, genuinamente europeo,” Pemartín defiende la nueva ley de Segunda Enseñanza, “fundamentado en los principios de la religión católica, en las bellezas de la cultura clásica grecolatina, y en la grandeza insuperable de la historia de la hispanidad”. Asimismo, el bando republicano también reconoce la primacía de la educación para asegurar su triunfo intelectual. Por eso, a pesar de la presión de la guerra, la persistencia de la hambruna, y las limitaciones prácticas, trató de educar a los soldados en las trincheras, aspirando a eliminar el analfabetismo de ambos adultos y niños. En comparación con el programa de enseñanza del bando nacional, este esfuerzo fue menos eficaz debido a su gran ambición – un tema común del gobierno republicano liberal.

Franco mismo, un general brillante, enfatiza la importancia estratégica de la educación como una forma de control de la población. En una asamblea de maestros de 1937, él escribe, “En los frentes de batalla se combate con las armas, mas poco importaría que allí alcanzáramos la victoria si no cumpliéramos nuestra obligación de desarmar moralmente al enemigo, formando su conciencia hasta elevar su corazón en esta otra batalla de la que vosotros, los maestros, tenéis que ser los oficiales y los generales. Sois vosotros quienes tenéis que desarmar la España roja.”

Claramente en contraste con el objetivo elogioso del proyecto pedagógico de la Escuela Pública que incorpora la neutralidad de enseñanza para cultivar el conocimiento real, bajo el régimen franquista, la educación pierde su función puramente didáctica, sino recalca el propósito político de controlar a las masas. Una estrategia muy utilizada por los regimenes dictatoriales debido a la conexión fuerte entre la educación, el adoctrinamiento, y la pasividad de las masas, lamentablemente, el proyecto de la enseñanza bajo el régimen franquista sacrifica la búsqueda de la verdad por la perpetuación de la ignorancia engañosa.

Reflexiones Personales

Actualmente, la nostalgia por el régimen franquista de la gente mayor quizás refleja el éxito y la persistencia del adoctrinamiento educativo. En administrar esta opiata de las masas, sin embargo, los maestros del proyecto de la Segunda Enseñanza quizás cometieron un mal despreciable, subordinando el conocimiento a la agenda política, de ese modo, distorsionando la verdad. Pero, esta práctica estratégica casi siempre existe porque como Franco destacó, el control de las ideas poderosamente determina el vencedor de la guerra en el largo plazo.

Por ejemplo, para impulsar la extensión del imperio japonés en el fin del siglo XVIII, los libros de texto enfocan en la superioridad de la raza japonesa y la importancia de dedicarse completamente al estado. Durante la segunda guerra mundial, los libros de textos incorporan el slogan de “soldados y ciudadanos deben vivir y morir juntos”, por ende, cultivando un nacionalismo sin paralelo, justificando la estrategia de kamikaze, y provocando los suicidios masivos. Asimismo, un ejemplo del revisionismo histórico, los libros de textos actuales todavía excluyen las atrocidades cometidas por el ejército japonés en China, notablemente, la violación

de Nanking, en la cual, más de 300.000 ciudadanos⁵ fueron masacrados durante las primeras seis semanas de la ocupación. Esta controversia ha contribuido a las relaciones degenerantes entre China y Japón.

Asimismo, para promover la revolución cultural, Mao Zhedong ordenó una masiva reforma educativa para reprimir las ideas peligrosas, también movilizand o a la juventud en detrimento de los adultos. Condenando los intelectuales y los profesores de la universidad a los campos de trabajos forzados, Mao Zhedong animó la ruptura y el fin del pensamiento libre. A través el adoctrinamiento en las escuelas primarias y secundarias, Mao Zhedong utilizó a los estudiantes como un arma de extender su control en los hogares y los espacios previamente protegidos. Rompiendo la confianza entre los hijos y los padres, su nuevo ejército de jóvenes (“la guardia roja”) denunció sus propios padres y vecinos cuando sospechó la presencia de ideas subversivas, aunque más común, en puro rencor. Debido al éxito de esta programa didáctica, Mao Zhedong logró un culto de personalidad, obteniendo un estatus casi divino. Por ejemplo, como detallado en la imagen abaja que aparece en numerosos libros de texto, utiliza la imagen de un joven aplastando el crucifijo, la Buda, y los textos clásicos del pensamiento chino con su martillo. El texto dice, “Nosotros estudiantes destruiremos el mundo viejo y construiremos el nuevo.”

⁵ Esta figura es convencionalmente aceptada, basada en los documentos del entierro de las organizaciones caritativas, como la sociedad de Cheng Shan Tang.



Claramente, el control de las ideas y la educación constituye la forma más potente de la guerra. Especialmente en vista de la teoría de la pizarra blanca de los jóvenes, al influir el pensamiento y la orientación sociopolítica de la nueva generación, el régimen consigue la permanencia y “la legitimidad” en detrimento de la búsqueda de la verdad y la libertad del pensamiento y expresión.

LA GUERRA CIVIL

REFLEXIONES DE MANUEL AZAÑA

En “La revolución abortada”, Manuel Azaña destaca la confusión, la incertidumbre política, la frustración, y las divisiones internas del gobierno republicano durante la guerra civil, captando el sentimiento agotado y las dificultades logísticas en responder a la amenaza. Una mezcla de imágenes contradictorias e información asimétrica, la guerra civil se perpetúa por el odio y el miedo, indiscriminada en su coste humano a pesar de la supuesta claridad sobre la legitimidad de la sublevación. Por eso, según Azaña, el esfuerzo del gobierno republicano contra el fascismo constituye casi una “obra homicida y suicida” con altos costes irrecuperables, perdiendo sus principios en los actos violentos de los agentes divididos.

En la primera sección, Azaña describe la oposición binaria de las imágenes de la guerra – de la escasez de recursos para proveer agua a los milicianos, pero también de “la apariencia alegre, de jolgorio, y holganza” en Madrid. A pesar de la falta de armas y la incapacidad de comprarlas en el extranjero, en Madrid, existe la ostentación de armas. Por eso, la prensa adoptó “un tono jactancioso” en sus informes frívolos y estereotipados, de ese modo, exacerbando el problema de la asimetría de información que prolonga la confusión y los costes de la guerra. No obstante, según Azaña, “Bajo aquella confusión de frivolidad y heroísmo, de batallas verdaderas y paradas inofensivas, de abnegación silenciosa en unos y ruidosa petulancia en otros, la obra sombría de la venganza prosiguió extendiendo cada noche su mancha repulsiva. Los dos impulsos ciegos que han desencadenado sobre España tantos horrores, han sido el odio y el miedo.”

Incriminando el odio y el miedo por las atrocidades de la guerra, Azaña explica la base de la tragedia, declarando, “Odio de los soberbios poco dispuestos a soportar la ‘insolencia’ de los

humildes, odio de las ideologías contrapuestas, especie de odio teológico, con que pretenden justificarse la intolerancia y el fanatismo. Una parte del país odiaba a la otra, y la temía. Miedo de ser devorado por un enemigo en acecho: el alzamiento militar y la guerra han sido, oficialmente, preventivos para cortarle el paso a una revolución comunista. Las atrocidades suscitadas por la guerra en toda España, han sido el desquite monstruoso del odio y del pavor. El odio se satisfacía en el exterminio.” Como destacado en clase, es una falacia considerar la guerra como inevitable. Debido a la persistencia de los desequilibrios socioeconómicos e ideológicos, la polarización de la sociedad precipita la irracionalidad que cultiva el agobio del miedo y odio que alimenta los estragos de la guerra. Especialmente en vista de la información imperfecta y la confusión generalizada, la guerra civil es claramente un “espectáculo de la venganza homicida”, la consecuencia de la desesperación humana.

Ciertamente, aunque el alzamiento claramente constituye un movimiento ilegítimo debido a su derrocamiento del gobierno democráticamente elegido, Azaña reconoce que el método de análisis demasiado político, no capta el sufrimiento de ambos lados. Él escribe, “millares de [víctimas] iban cayendo, no por resultados de sus actos personales, sino por su tendencia. El impulso motor era el mismo, ya se invocase el principio de autoridad y la urgencia de amputarle a la nación sus miembros ‘podridos’, ya se operase clandestinamente por las pandillas de desalmados que en la posición política pretendían encontrar una justificación de la delincuencia.” Debido a la histeria y la sospecha generalizada, ambos lados cometen graves abusos de los derechos humanos, sucumbiendo a la ceguera de sus propios sesgos, miedos, y odios, de ese modo, perdiendo la racionalidad esencial para determinar objetivamente la justicia.

Por eso, “en el territorio ocupado por los nacionalistas fusilaban a los francmasones, a los profesores de universidad, y a los maestros de escuela tildados de izquierdismo, a una docena de generales que se habían negado a secundar el alzamiento, a los diputados y ex diputados republicanos o socialistas, a gobernadores, alcaldes, y a una cantidad difícilmente numerable de personas desconocidas.” No obstante, esta forma de destrucción indiscriminada y excesiva no sólo involucra el bando nacional. Asimismo, en el territorio controlado por el Gobierno de la República, “caían frailes, curas, patronos, militares sospechosos de ‘fascismo’, políticos de significación derechista.” Como Azaña explica, aunque la mayoría de estas matanzas no fueron aprobadas por el gobierno republicano liberal, horrorizado por el derrocamiento de los procesos democráticos, el gobierno no tiene una medida eficaz para contentarlas, especialmente porque en ambos lados, la destrucción proviene de un “fenómeno patológico en la sociedad español” – el miedo, el odio, la venganza, la frustración, y la histeria que también engendran el terrorismo y la violencia inmoral.

Además, Azaña explica la deficiencia del gobierno republicano en frenar la crisis, cargada con los fallos administrativos, la escasez de recursos, la información imperfecta, y el entendimiento abstraído de la realidad. En la guerra de propaganda y el control de información, la representación de la guerra como un triunfo fácil por muchos conductores de la opinión (por su buena voluntad de mantener el moral popular, aunque ignorante) sólo cause más confusión y desconfianza, especialmente cuando la realidad difiere bruscamente con la teoría. En analizar racionalmente la mala gestión del gobierno republicano, Azaña destaca muchos elementos claves, como la escasez de armas, el exceso de confianza, y la mala dirección de la economía. La imposibilidad de comprar armas libremente en el extranjero dificulta la posición del gobierno, y existe pocas materias y oportunidades de producirlas domésticamente. Por eso, “ante

las masas, la experiencia venía a desacreditar la hipótesis de que un gobierno exclusivamente republicano, que no suscitaba alarmas, era la garantía de que la República seguiría siendo mirada sin prevención el extranjero. Se abrió paso, irrestiblemente, la idea de que en el Gobierno de la República debían estar representados todos cuantos la defendían.”

Con el cambio del gobierno, en forma de radicalización de sus constituyentes (republicanos, socialistas, sindicales de UGT, dos comunistas), el problema de la mala gestión persiste, agravado por la confianza excesiva que impulsa su propio fallecimiento. Ciertamente, con el cambio de representantes y el estado renovado de urgencia, el gobierno tiene los recursos para imponer un cambio de conducto para tomar la guerra en serio, instalando “la disciplina militar” en la organización metódica de las fuerzas, pero las pérdidas estratégicas han disminuido la posibilidad de recuperación. Según Azaña, el gobierno republicano “ya partido en dos trozos incommunicables por el aislamiento del norte” sufre los efectos de ser dividido en tres o cuatro pedazcos, como resultado de la situación de Cataluña y del País Vasco con consecuencias deplorables. Por eso, a pesar de la buena voluntad, el gobierno fracasa en su intento de crear un nuevo ejército, capaz de hacer frente al enemigo.

Asimismo, el deterioro en las condiciones económicas exagera la situación. Azaña escribe, “en los servicios y empresas de cuya dirección se habían apoderado los sindicatos, la calidad y la cantidad del trabajo descendieron. El derrame sindical produjo un efecto paralizante.” Afectando la extracción de carbón, el sector del transporte, entre otros sectores esenciales, este problema grave aumenta la frustración y la posibilidad del derrumbe del gobierno republicano. A pesar de la urgencia del tiempo, muchos trabajadores “se daban tan poco cuenta de la gravedad de la guerra, o anteponían de tal manera las ventajas del momento

presente, que en septiembre del 36, habiendo en Madrid tres aviones de caza, los obreros de taller de reparaciones del aeródromo de los Alcázares se negaban a prolongar una hora la jornada y a trabajar los domingos.” Con dificultades logísticas, Azaña ilustra la inmensa tarea del gobierno republicano, casi clandestina debido al entorpecimiento.

Para explicar este fenómeno extraño de la pereza y la obstinación pese a la amenaza de la guerra, Azaña sostiene, “Un gran parte del sindicalismo español estaba habituada a considerar al Estado como su enemigo irreconciliable, cuyo aniquilamiento era el paso preliminar para la emancipación personal y social.” Resonando con el movimiento anarcosindicalista, el entorpecimiento del trabajo sólo expedita el derrocamiento del gobierno republicano. Sin considerar las consecuencias de la toma del poder del bando nacional, los trabajadores ignorantemente facilitan su propia esclavitud porque ciertamente, las condiciones del trabajo y las presiones de la conformidad laboral deterioran bajo el régimen franquista, vinculados con la erosión de la posición negociadora colectiva de los sindicatos en general. De acuerdo, el gobierno republicano falta los recursos para pagar completamente los sueldos de los trabajadores. No obstante, hipotéticamente, la amenaza del derrumbe del gobierno legítimo, la preservación del poder político existente, y el compromiso de pagar las deudas después de la guerra deberían impulsar la producción.

Reflexiones personales

Las reflexiones de Azaña desarrollan la complejidad de la guerra civil española, proveyendo una perspectiva muy gutural no sólo sobre la destrucción, sino también la deficiencia administrativa y la frustración logística que refuerza la incertidumbre y la impotencia del gobierno. En retrospectiva desde una perspectiva desinteresada, es fácil simplificar la guerra en

una divergencia de ideología, marcada claramente en términos políticos. Por eso, Azaña advierte, “la guerra es todavía una fase de la política. Juzgamos la licitud o la ilicitud de una guerra según los designios políticos que persigue. Las atrocidades del resentimiento homicida no pueden juzgarse con ese criterio.”

El tema de las relaciones entre los sindicatos y el gobierno ilustran un elemento muy extraño en la economía española. La impotencia del gobierno de movilizar a los sindicatos, a pesar de su representación en el gobierno y la amenaza del bando nacional, refleja una crisis sistémica en la estructura productiva y las relaciones laborales. Más importante, este hecho subraya la división dentro del territorio republicano y las dificultades persistentes de organizar una respuesta para frenar la campaña militar. Con el retraso de la industria, la guerra ésta paralizada con la falta del vencedor claro, de ese modo, elevando los costes humanos y el ambiente de sospecha, odio, miedo, e histeria. Al recordar “Vuelva Usted Mañana”, las imágenes exageradas de Larra sobre la pereza constituyen un paralelo serio, sin humor en este caso.

En contraste, durante la guerra civil en los Estados Unidos, el norte industrial impulsa sus esfuerzos de producción, expandiendo la industria para apoyar la campaña contra el sur. Según datos históricos, durante la Guerra civil, la producción de la industria de lana creció un 100% durante el conflicto para satisfacer la demanda. Además, las industrias del calzado, cuero, armas, pólvora, y la manufactura de carros desarrollaron dramáticamente. Durante los años 1863-1864, la producción del hierro ha aumentado un 29% y la producción del carbón ha crecido un 21% del nivel antes de la guerra. Ciertamente, la solvencia del gobierno estadounidense durante este periodo sobrepasa la del gobierno republicano español. No obstante, la producción no sólo responde las fuerzas del mercado, sino el reconocimiento de la urgencia de la causa.

En conclusión, Azaña escribe, “las dificultades en que se ha estrellado la República eran de orden internacional y de orden técnico (militar e industrial). Dantón y Carnot que resucitaran, no las habrían resultado, dada la situación de Europa y dados los recursos con que se contaba en España. La Revolución triunfante se habría encontrado ante las mismas dificultades, y algunas más nacidas de su propio triunfo. La República – siendo iguales las otras circunstancias – se habría perdido lo mismo. Acaso la guerra se hubiera terminado antes. Dudosa compensación porque en esas condiciones, la guerra misma, y su conclusión, no habrían sido menos onerosos para quienes la han padecido, para los defensores de la República y para el país en general.” Con esta visión, Azaña refleja las dinámicas complicadas de la guerra civil española y las cargas onerosas del gobierno republicano, nos advirtiendo del peligro de compartimentar los sucesos de la guerra en una manera lineal.